

Frederick B. Meyer

**Samuel:
El profeta de Dios**

CLIE

ÍNDICE

Capítulo 1	Una época de transición	3
Capítulo 2	La angustia de una mujer	6
Capítulo 3	El joven levita	10
Capítulo 4	La visión	13
Capítulo 5	Desgracia sobre desgracia	15
Capítulo 6	La obra de reconstrucción	20
Capítulo 7	La victoria de la fe	22
Capítulo 8	La piedra de ayuda	25
Capítulo 9	Un gran desengaño	28
Capítulo 10	La voz de las circunstancias	32
Capítulo 11	Haz lo que te viniere a mano	34
Capítulo 12	Conflictos internos y externos	37
Capítulo 13	Nunca desamparado	41
Capítulo 14	Orando sin cesar	45
Capítulo 15	La caída de Saúl	48
Capítulo 16	Dos hombres frente a diez mil	51
Capítulo 17	El fracaso	55
Capítulo 18	Un diálogo formidable	58
Capítulo 19	Un espíritu malo de parte de Dios	62
Capítulo 20	El pecado da a luz la muerte	65
Capítulo 21	Los celos	69
Capítulo 22	Cruel como la tumba	72
Capítulo 23	Un gran ocaso	76
Capítulo 24	Endor y Gilboa	79
Capítulo 24	Conclusión	84

Capítulo 1

Una época de transición

La historia de Samuel es un interludio divino entre los días de los jueces y los del rey David. Hasta entonces el sumo sacerdocio había sido la autoridad suprema reconocida por el pueblo hebreo. Para Moisés, su fundador, no podía haber sucesor, por supuesto; pero Aarón fue el primero de un linaje ininterrumpido de sacerdotes. Ningún otro oficio representaba a todo Israel. La era mosaica, no obstante, no estaba destinada a culminar con el gobierno de los sacerdotes, que rara vez habían combinado las funciones sacerdotales con las condiciones especiales de mando de un gobernante. El sacerdote tenía que ceder el paso al rey.

Una indicación de que se acercaba un cambio en la política hebrea ocurre en los últimos versículos del libro de Rut. A saber, la genealogía, que es el clímax evidente de esa dulce historia pastoril, no tiene relación con Aarón ni su linaje. Trata expresamente de la tribu de Judá, de la cual no se menciona nada con relación al sacerdocio. Está claro que el propósito divino avanzaba, pero ¿hacia dónde? Desde nuestra posición ventajosa de conocer los hechos cumplidos, podemos ver que se movía lentamente hacia el establecimiento del reino bajo la figura de David. Velado para todos los ojos estaba el movimiento aun más profundo hacia la revelación de otro Hombre Maravilloso, en cuya naturaleza se combinaban en perfecta simetría el Sacerdote, el Profeta y el Rey.

En todas las épocas se oye el siguiente clamor: «¡Dennos hombres!»; pero si alguna vez se necesitó un hombre fuerte, fue en los días de los cuales el libro de los Jueces nos da sorprendentes vislumbres.

Canaán había sido conquistada, pero sus antiguos habitantes no habían sido subyugados completamente. En el sur los filisteos tenían todavía el control de sus cinco ciudades. La fortaleza montañosa, que más tarde se conoció como el monte de Sión, defendida por los jebuseos, se erguía desafiante y orgullosa hasta los días de David. Casi todas las costas del mar y todos los fuertes de la rica llanura de Esdraelón estaban en manos de los cananeos. El pequeño reino de Gezer permaneció independiente hasta que fue conquistado por el rey de Egipto y dado como dote a la reina de Salomón.

En la frontera norte estaban los restos de las poderosas naciones que Josué derrotó en la gran batalla de las Aguas de Merom, pero que probablemente sólo daban un acatamiento nominal a la hegemonía de Israel. Si no hubiera sido por la presencia de estas tribus guerreras, nunca habiéramos sabido de Gedeón, Barac, Jefté, Sansón y David.

En Israel la incesante exposición al ataque se agravó por la ausencia de un gobierno central fuerte; el sacerdocio evidentemente había caído en manos débiles desde los días de Finees. De esto hay confirmación muy firme por el hecho de que Elí salió, no de la casa de Eleazar, el hijo mayor de Aarón, de quien se debiera haber continuado la sucesión, sino de la familia del hijo menor, Itamar (véase 1 Cr. 6:4-15; 24:4). Hay una gran posibilidad de que los representantes de la rama del hijo mayor se hubieran mostrado incapaces de resolver los desórdenes de la época, y hubieran sido desechados en favor de cualquiera que mostrara suficiente capacidad para tomar el campo y dirigir las fuerzas de Israel. Tal vez Elí había realizado alguna proeza en su juventud que lo llevó a la posición más elevada que sus compatriotas podían darle; aunque, cuando sabemos de él, da lástima en su decrepitud senil y su debilidad.

De tiempo en tiempo habían surgido algunos profetas como solución temporal: «Les dio jueces hasta Samuel el profeta» (Hch. 13:20).

El gobierno de un juez era, sin embargo, un rayo de luz muy transitorio en aquella oscura y tormentosa época. Así que la nación estaba en peligro de desolación por la anarquía interna y los ataques externos. Sin principio de cohesión, ni punto de reunión, ni guía reconocido, ¿con qué podrían resistir la presión de los cananeos dentro de sus fronteras y de las naciones hostiles desde afuera?

«En esos días no había rey en Israel, pero todos hacían lo que les parecía recto según su opinión» (Jue. 21:25).

Los lazos religiosos eran asimismo muy débiles. Por ejemplo, encontramos el nombre de Baal, deidad fenicia, tres veces entre los nombres de la familia de Saúl (véase 1 Cr. 8: 30, 33 y 34). Las historias de Miqueas, Rut y el exterminio de los danitas nos dan un cuadro gráfico de la desunión, independencia y violencia de la época, del libertinaje violento y la exposición al ataque.

Por eso, era necesario introducir un nuevo orden de cosas. La tarea requería un hombre predominantemente fuerte; y esa persona por excelencia, como veremos, fue el profeta Samuel, quien condujo a su pueblo de una época a otra sin una sola revolución y casi sin el disturbio que acompaña naturalmente a un cambio tan grande.

A unos pocos kilómetros al norte de Jerusalén, en los confines de los territorios de Efraín y Benjamín, estaba situada la aldea de Ramataim de Zofim. Era también conocida como Ramá, y ha pasado a la historia del Nuevo Testamento como Arimatea, el pueblo de donde vino José, el que reclamó a Pilato el cuerpo del Señor. Ramataim significa «las dos Ramaes», pues pudo haber una superior y otra inferior. Zofim recuerda a un ancestro de Elcana, llamado Zuf, quien parece haber sido un hombre de considerable importancia (véase 1 Cr. 6:35; 1 S. 9:5). En esta ciudad de las montañas nació un niño que habría de darle interés e importancia, no sólo durante su vida, cuando el pueblo fue el foco de la vida nacional, sino por centenares de años.

Hacia los fines de la carrera de Sansón en el sur de Judá, residía en Ramá una familia que constaba de Elcana, levita, y sus dos esposas: Ana («gracia») y Penina («perla» o «margarita»). Antes había vivido en Efraín, y por eso se le consideraba como perteneciente a esa tribu (véase Jos. 21:20). Tener dos esposas no era una violación de las leyes levíticas, que no prohibían la poligamia aunque regulaban con cuidado las leyes matrimoniales.

Se supone que Elcana llevó a su hogar una segunda esposa debido a la esterilidad de Ana; pero, cualquiera que haya sido la razón, esa decisión no le trajo sino miseria. La casa de Ramá se llenó de altercados y disgustos, que aumentaban con la fertilidad de Penina que daba a luz niños, mientras Ana permanecía estéril. Aparte de todo eso, su desolada condición era una aflicción casi intolerable. Pero el estar sujeta a las burlas y el sarcasmo punzante aumentaba mucho más su tristeza; era como si la espada del Señor atravesara su alma, y la arrastrara casi a la tumba, ni siquiera el afecto de Elcana podía calmar el deseo de su espíritu (véase 1 S. 1: 5, 8; 2:5-8).

Con todo, de todo su sufrimiento nacería el salvador de su país y el gozo de su existencia. En otras palabras, antes de poder entregar a Samuel a su pueblo, Ana tuvo que ser una mujer de espíritu acongojado. Acaso los grandes dones de Dios para los hombres vienen a través de las dificultades...

Capítulo 2: La angustia de una mujer.

Podemos inferir que la esterilidad de Ana y las provocaciones de su rival no eran las únicas razones de su tribulación. Como lo prueba su noble canto, estaba saturada con las tradiciones y esperanzas más espléndidas de su pueblo; su espíritu vibraba con los conceptos que inspiraron los cantos de Moisés. Dominada por la agonía de tristeza por la anarquía y confusión que la rodeaban, anhelaba proyectar lo más noble de su ser en un hijo que resucitara la prosperidad menguante de la nación, y le diera bases sólidas. ¿Importaba, acaso, que se viera privada de su presencia y la ayuda de su juventud, si recibía una recompensa mil veces mayor si tan sólo el Señor lo aceptaba como suyo y lo usaba como su medio para lograr la realización de sus planes redentores?

Los levitas estaban comúnmente dedicados al servicio del Señor entre los treinta y cincuenta años de edad; pero su hijo, si llegaba a tenerlo, sería entregado al Señor por todos los días de su vida y nunca se cortaría el pelo de la cabeza.

En cierta ocasión, mientras tenía lugar una fiesta en Silo, Ana ya no pudo resistir más, y después que su gente había comido y bebido, se levantó y volvió al patio exterior del tabernáculo que había perdido la mayor parte de su gloria antigua: «Ella con amargura de alma oró a Jehová, y lloró abundantemente» (1 S. 1:10). Otros iban con ofrendas quemadas, pero ella fue con el corazón contrito, que Dios no desprecia. Se nos dice que Ana «oró», y nos conviene estudiar su oración y el resultado de ella.

En primer lugar, fue una oración del corazón. Es la costumbre oriental orar en voz alta, pero mientras ella estaba en pie junto a la silla de Elí (vs. 9), hablaba en el espíritu; sus labios se movían pero no se oía su voz. Esto indica el progreso alcanzado en la vida divina, y que ella había llegado a conocer el secreto de la comunión íntima con Dios. Su oración tenía como base un nuevo Nombre de Dios: «Jehová de los ejércitos». Apelando a este Nombre, le pidió que quitara su mirada de las miríadas de santos espíritus que circundan su trono, para ponerla en su abrumadora aflicción y angustia. Prometió con palabras -que Elcana ratificó después con su silencio o su

consentimiento (véase Nm. 30:6-15)- que no quería su inestimable merced para ella solamente, sino para la gloria de Dios; y afirmó también que su hijo sería nazareno desde su nacimiento, es decir, que se abstendría de licores, no se afeitaría la cabeza y no contaminaría su cuerpo por el contacto con cadáveres humanos.

Fue, además, una oración definida: «Que dieres a tu sierva un hijo varón». Muchas de nuestras oraciones abortan porque no tienen un objetivo específico. Los santos experimentados y versados en el arte de la oración intercesora nos cuentan los maravillosos resultados obtenidos cuando se dispusieron a orar definitivamente por la salvación de ciertos individuos, o por algún favor bueno y perfecto para su bien.

Y fue una oración sin reservas: «He derramado mi alma delante de Jehová». ¡Ah, qué bueno fuera si siguiéramos el ejemplo de Ana con más frecuencia! Cuando el corazón está quebrantado, cuando su frágil maquinaria parece incapaz de soportar el peso de su ansiedad, cuando sus cuerdas se estiran a punto de romperse, entonces al recordar estas cosas, es el momento de derramar el alma delante de Dios (véase Sal. 42:4).

Fue también una oración perseverante: «Mientras ella oraba largamente delante de Jehová». No que ella o nosotros podamos afirmar que somos oídos por nuestras muchas palabras, sino que cuando el Señor nos da una carga no podemos hacer otra cosa que esperar delante de Él.

Fue finalmente una oración que recibió la respuesta deseada. Elí estaba sentado en su lugar a la entrada del santuario y observaba a Ana. Al principio, tal vez, el semblante de su pena cautivó su atención, y él esperaba que ella hiciera audibles sus oraciones, como lo harían muchas otras almas acongojadas. Pero como sus labios se movían sin dejar oír su voz, el sumo sacerdote pensó que estaría ebria, y con rudeza y groseramente la interrumpió con el reclamo: «¿Hasta cuándo estarás ebria? Digiere tu vino» (1 S. 1:14).

Elí juzgó según las apariencias, y está claro que no le había sido revelado el propósito divino. Había degenerado hasta convertirse sólo en funcionario, del cual estaban escondidos los planes divinos.

Ana respondió al injusto reproche con mucha humildad: «No he bebido vino ni sidra, sino que he derramado mi alma delante de Jehová».

Ella supo, aun antes de la respuesta de Elí, que el misericordioso Señor que lleva nuestras cargas había oído y respondido su oración. Y es que había entrado en el espíritu de la oración que, no sólo pide, sino que toma. Se anticipó a esas maravillosas palabras que, más que todas las demás, descubren el secreto de la súplica eficaz: «Todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá» (Mr. 11:24).

Sí, Ana supo que había tenido éxito, y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, llenó y guardó su mente y su corazón. Y ella dijo: «Halle tu sierva gracia delante de tus ojos. Y se fue la mujer por su camino, y comió, y no estuvo más triste» (1 S. 1:18).

Al día siguiente, Ana y su marido debían regresar a casa; y volvió como una mujer transformada, con un rostro alegre. Penina debió haberse preguntado cuál sería la causa de aquel cambio tan grande; pero Elcana era el confidente de su secreto, y la fe de él se robusteció por la confianza indubitable de Ana.

En esta oración podemos observar la semilla sembrada durante años de sufrimiento. El dolor le da al alma una belleza indefinible. Bien puede ser que el dolor largo y agudo que le ha tocado por tantos años, los deseos del corazón, los desengaños, la espera silenciosa, la opresión del alma y el silencio, aun sobre lo bueno, hayan sido necesarios para enseñarle a orar, para indicarle el secreto de la fe que no vacila, como la de un niño, y para prepararla como madre de algún don invaluable para el mundo.

El buen Elcana tenía un nuevo gozo en su corazón al subir a ofrecer a Jehová su sacrificio anual; pero Ana se quedó en Ramá hasta que el niño fuera destetado, que probablemente sería al completar su tercer año, cuando se les permitía a los niños levitas inscribirse y entrar a la casa del Señor (véase 2 Cr. 31:16).

Al fin llegó el tiempo cuando se debía presentar el niño al Señor. Los padres salieron a su viaje solemne con el niño. El corazón de la madre estaba ahora tan lleno de alabanzas como lo había estado antes de tristeza. Había aprendido que no hay Roca como su Dios. Su canto, que le sirvió a la madre de nuestro Señor como modelo del Magnificat, es la expresión de un alma rebosante de la bondad del Señor (véase Lc. 1:46-55).

Ya había terminado el famoso viaje desde Ramá. El santuario ya se divisaba, donde había sufrido tanto y había orado con tanto fervor. Todo se le atropellaba en la memoria...

«Yo soy aquella mujer que estuvo aquí junto a ti -dijo ella a Elí-. Por este niño oraba, y Jehová me dio lo que le pedí».

Hombres y mujeres de espíritus sufridos, sufrid solamente según la voluntad de Dios y no por causa del pecado; sufrid por la Iglesia, el mundo perdido y los que mueren en pecado. Sufrid dolores de parto por las almas. Y si esperáis al Señor, otra vez os hará caminar con trajes de alegría. Pues los que salen llorando y llevando la preciosa semilla, seguro que volverán otra vez alegres, trayendo las gavillas.

Capítulo 3: El joven levita

Los eruditos de las Escrituras en todas las épocas han sido cautivados por la figura de este niño vestido con su efod de lino, o con la túnica que su madre le traía todos los años al subir con su esposo a ofrecer el sacrificio anual.

Sin duda, Ana esperaba esa visita anual con profundo y casi irreprimible anhelo. Debió de haber sido muy duro dejarlo a tan tierna edad; pero Ana fue consolada por su pérdida. Tenía el recuerdo de esos primeros años, cuando él llenaba la casa con su griterío infantil. Le nacieron después otros niños, tres hijos y dos hijas, para quienes el pensamiento de su hermano mayor en su oficio sagrado debió de ser un tema de vivo y perenne interés. Con pensamientos amorosos, reverentes y tranquilizadores se llenaba, pues, el corazón de Ana al adornar la túnica para Samuel, como aquella «tejida de arriba abajo y sin costura» que los soldados no se atrevieron a cortar. Hoy también las madres hacen trajes para sus hijos, no en el telar ni con agujas, sino mediante el ejemplo de sus santos y ennoblecidos caracteres, desplegados a diario ante los ojos observadores y sagaces de sus hijos, por sus palabras y conversaciones y por los hábitos de sus devociones diarias. «El joven Samuel ministraba a Jehová en presencia de Elí».

Dormía su sueño inocente e inconsciente de los pecados que lo rodeaban, y atraía el creciente afecto del anciano por su amor reverente y sus proceder amables, y daba mucha evidencia de que se le estaba preparando para convertirse en un eslabón entre Dios y su pueblo, un mediador entre lo antiguo y lo nuevo, entre los turbulentos días de Sansón y la espléndida paz del reino de Salomón.

Qué contraste con los hijos de Elí, de quienes leemos en las Escrituras: «Los hijos de Elí eran hombres impíos, y no tenían conocimiento de Jehová» (1 S. 2:12). La ley de Moisés autorizaba al sacerdote a tomar su porción del todo de las ofrendas por los pecados, el pecho y el hombro derecho de las ofrendas de paz, cuya gordura solamente se quemaría en el altar. El resto del animal se devolvía al ofrendante para que lo consumiera con sus hijos e hijas, sus siervos y siervas, y el levita que habitara en su población (véase Dt. 12:12).

El primer acto de toda ofrenda de paz era la aspersión de la sangre por todo el altar; el segundo era quemar la grosura interna. Nunca se comía, sino que siempre era consumida con el fuego. La llama se alimentaba así, como la comida de Dios, quien por así decirlo, comía con el adorador acepto (véase Lv. 3: 16 y 17). Después de realizar este rito solemne, la porción del sacerdote era mecida y presentada a Dios, y el grupo de adoradores se repartían el resto, llevando cada uno su porción para la feliz fiesta de sacrificio.

Aquí se presentan los hijos de Elí con su avaricia rapaz. No satisfechos con las porciones asignadas legalmente, enviaban a su siervo detrás de los adoradores con un garfio de tres dientes en la mano, y mientras se cocía la carne para la comida sagrada, metía el garfio en el perol y todo lo que sacaba el garfio, el sacerdote lo tomaba para sí.

Pero ni aun eso satisfizo a los sacerdotes. Procedieron a exigir que después que les hubieran entregado el pecho y el hombro, pero antes de que se cociera el resto, se les debía dar carne cruda de la porción del ofrendante; ni quemaban la grosura que era la parte esencial de todo el sacrificio, y por la que los adoradores tenían que esperar hasta que se satisficieran sus demandas. Este último toque ofendió al sufrido pueblo hasta la exasperación. No esperaba el criado hasta que se presentara la porción de Jehová: «Y si el hombre le respondía: Quemen la grosura primero, y después toma tanto como quieras, el sacerdote respondía rudamente: No, sino dámela ahora mismo; de otra manera yo la tomaré por la fuerza. Era, pues, muy grande delante de Jehová el pecado de los jóvenes; porque los hombres menospreciaban las ofrendas de Jehová».

Sin contentarse con la extorsión, Ofni y Finees perpetraron los excesos más viles de paganismo entre los bosques y las viñas de Silo. Los ritos licenciosos habían sido desde tiempos inmemoriales asociados con los festivos paganos, pero nunca antes habían manchado las sacras vestiduras de los sacerdotes del linaje de Aarón. Tan depravados eran estos jóvenes que, aunque tenían esposas propias, no dudaron en hacer caer a las mujeres asignadas para desempeñar varias funciones del santuario. Todo el pueblo le contaba a Elí del perverso proceder de sus hijos (véase 1 S. 2:23), le daban las quejas al anciano sacerdote, pero él se contentaba con darles solamente con regañarlos muy levemente. Así, los hijos de Elí se envilecieron, y él no se lo impidió. Y por esta debilidad, esta laxitud, fue condenado y depuesto.

Esto sugiere una pregunta muy seria para los que toman una posición prominente en la Iglesia y delante del mundo, pero que descuidan sus propias familias. Somos responsables por nuestros hijos. Nuestra debilidad en impartirles disciplina es un pecado de negligencia, el cual traerá como consecuencia no sólo su castigo sino también el nuestro. Es mejor hacer menos para la Iglesia y el mundo que dejar que los niños se vuelvan una miseria para ellos mismos y un reproche para sus padres. Además, es un hecho que si un hombre no puede mantener en sujeción a sus hijos y gobernar bien su propia casa, seguramente tampoco podrá gobernar bien la casa de Dios (véase 1 Ti. 3: 4, 12).

Y, por encima de todo, debemos buscar la conversión de nuestros hijos a Dios. Entonces, si lo procuramos, Dios nos da su garantía de éxito: «Mis palabras que puse en tu boca, no faltarán de tu boca, ni de la boca de tus hijos, ni de la boca de los hijos de tus hijos, dijo Jehová, desde ahora y para siempre» (Is. 59:21).

Capítulo 4: La visión

Es muy conmovedor observar las referencias varias al niño Samuel que se repiten al avanzar la narración, especialmente aquellas en las que se hace un contraste entre su dulce inocencia y el libertinaje violento de los hijos de Elí. Es como un redoble dulce de campanas que se escucha en medio de los truenos de una tempestad.

Ana dijo: «Hasta que lo lleve y sea presentado delante de Jehová, y se quede allá para siempre (...) Y lo traje a la casa de Jehová en Silo; y el niño era pequeño (...) Todos los días que viva, será de Jehová. Y adoró allí a Jehová» (1 S. 1: 22-28).

«Y Samuel creció, y Jehová estaba con él, y no dejó caer a tierra ninguna de sus palabras» (1 S. 3:19).

Su vida parece haber sido una cinta ininterrumpida de pureza, integridad y justicia sin tacha. Un solo propósito tuvo en toda su vida que enhebraba todos sus días como las páginas de un mismo libro. No había vacíos ni hendiduras, ni caídas en la sensualidad o el egoísmo, ni hechos ilegales en aquella época sin ley. Hacia el fin de su larga vida pudo apelar al veredicto del pueblo con memorables palabras que dan testimonio de su conciencia de virtud moral intachable.

Samuel no fue un profeta en el sentido de que predijera el futuro lejano. Pero fue con su santidad y la grandeza moral de su carácter que impidió la ruina de su pueblo. Y es que el regalo más noble que cualquiera de nosotros le puede hacer a nuestro país o a nuestra época es un carácter sin mancha y una vida sin mancilla. A Samuel, no obstante, le esperaba un cambio necesario e inminente. Hasta ese momento había vivido principalmente por la energía y el poder de la intensa vida religiosa de su madre. Su fe tenía que descansar no en los principios del testimonio de otra persona sino en el hecho de que por sí mismo había visto, saboreado y palpado la Palabra de Vida. Es muy grande la hora de la vida de una persona cuando lo tradicional, que se ha convertido en hábito por su largo uso, se cambia de repente por una visión amplia de Dios; cuando decimos como Job: «De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven» (Job 42:5).

Cuando Dios se acercó a su joven siervo Samuel, parece que le puso un sello a su fidelidad. Hasta ahora sólo se le había pedido que hiciera pequeños servicios. Estaba bien que el que había sido fiel en lo poco tuviera una responsabilidad más amplia y grande. La visión vino al amanecer; pero la lámpara todavía no se había apagado «en el templo de Jehová, donde estaba el arca de Dios». El niño fue despertado tres veces de su inocente sueño. Oyó que alguien lo llamaba por su nombre y, seguro de que Elí lo necesitaba, tres veces corrió por el espacio que los separaba para presentarse. Cada vez corrió a Elí, y dijo: «Heme aquí; ¿para qué me llamaste?» (1 S. 3:8).

Elí trató al joven con mucha sabiduría. Pudo haber actuado como el único depositario de los secretos divinos o fundarse en la dignidad y el orgullo de su oficio. Al contrario, tomando al niño de la mano, lo puso en la presencia del Señor. El anciano le dijo dulcemente: «Ve y acuéstate; y si te llamare, dirás: Habla, Jehová, porque tu siervo oye» (vs. 9).

El mensaje que se le confió al joven era terrible. No podemos dejar de preguntarnos si acaso Samuel tuvo temor de contarle la visión a Elí. Con hermosa modestia y reticencia se dedicó a los deberes del día, y abrió las puertas de la casa del Señor, como de costumbre. No quería revelar de una vez todo lo que se le había dicho. Este era otro bello aspecto del carácter del muchacho. Pero él no entendía el carácter de Elí; no se había dado cuenta de que los hombres como él se resignan a lo que venga sin proferir una palabra en su defensa, y cuando saben lo que les espera, responden humildemente: «Jehová es; haga lo que bien le pareciere».

Capítulo 5: Desgracia sobre desgracia

Lo que se narra en estos capítulos 4 al 7 del libro primero de Samuel cubre un trecho considerable de las Escrituras; tal vez, unos cuarenta años. Fue una época de desunión y anarquía. Después de las muertes de Josué, Caleb y toda aquella generación, «se levantó después de ellos otra generación, que no conocía a Jehová, ni la obra que Él había hecho por Israel» (Jue. 2:10). No había hombre ni tribu capaz de unir al pueblo bajo un solo gobierno, ni de volverlos a la adoración del Dios único. El corazón de la vida nacional latía débilmente y, según la expresiva frase que representa plenamente la época de los jueces, «todos hacían lo que les parecía bien en su propia opinión».

Solamente el tabernáculo, el arca y el sumo sacerdocio ofrecían un lazo común; pero aun su influencia se había reducido mucho...

No había, por tanto, nada que impidiera la constante infiltración de las naciones vecinas. Unas veces eran los hijos de Amón al oriente, otras los amalecitas y madianitas del desierto y otra vez los filisteos del suroeste, que invadían la tierra prometida. De vez en cuando surgían jueces, pero su autoridad era sólo temporal y limitada.

Nuestra historia se refiere especialmente a los distritos sur y medio de Canaán que, pese a las hazañas de Sansón -pues era contemporáneo de la juventud de Samuel-, estaba bajo el yugo tiránico de los filisteos, quienes en ese tiempo parecían haber recibido refuerzos de la sede original de su imperio en la isla de Creta, haciendo intolerable la posición de los hebreos.

Así, Israel comenzó la guerra porque no podía soportar el yugo exasperante de Filistea: «Por aquel tiempo salió Israel a encontrar en batalla a los filisteos, y acampó junto a Eben-ezer, y los filisteos acamparon en Afec» (1 S. 4:1).

Moisés había dado instrucciones claras para el comienzo y la conducción de una campaña (véase Dt. 20), las cuales no se pusieron en práctica en esta ocasión. No se llamó a ningún sacerdote para buscar el consejo de Dios, ni siquiera a Samuel. Fue el encendimiento repentino de un espíritu de odio y venganza de una raza de esclavos, que se sentían profundamente heridos por las burlas, los insultos y el látigo de sus amos.

El ejército israelita, congregado de prisa e insuficientemente armado, sufrió una grave derrota. Cuatro mil hombres quedaron muertos en el campo de batalla, y por toda la multitud se esparció un espíritu de intimidación y desaliento. Tal es siempre el resultado cuando el pueblo deja a Dios fuera de sus planes.

Al anochecer de ese aciago día los ancianos de Israel tuvieron un consejo de guerra (1 S. 4:3). Era evidente que había que atribuir su derrota a su fracaso en las relaciones con el Señor. Dijeron: «¿Por qué nos ha herido hoy Jehová delante de los filisteos?».

Eran conscientes de que lo habían dejado fuera de sus planes, y de repente se les ocurrió una idea por la cual casi podrían obligarlo a ponerse a su lado contra sus enemigos: «Traigamos a nosotros de Silo el arca del pacto de Jehová, para que viniendo entre nosotros nos salve de la mano de nuestros enemigos»

Acaso recordaban las maravillosas escenas en las cuales ese arca había desempeñado un papel destacado. Su avance siempre había hecho huir y esparcir a los enemigos de Jehová. No supieron que la ayuda actual del Señor dependía, no de la presencia de un símbolo material, sino de las condiciones espirituales y morales que se hubieran propuesto entender y cumplir.

La llegada del arca, por consiguiente, cargada por los levitas y acompañada por los hijos de Elí como sus custodios, fue recibida con gritos de júbilo por todo el ejército. Parece que Elí no había querido que la sacaran de su sagrado tabernáculo -«su corazón estaba temblando por causa del arca de Dios» (vs. 13)-, pero él había cedido con mucha frecuencia y por mucho tiempo para poder sostener una protesta con éxito. Probablemente nadie más había tenido tales presentimientos, pues «cuando el arca del pacto de Jehová llegó al campamento, todo Israel gritó con tan gran júbilo que la tierra tembló».

Tan pronto como los filisteos se informaron de la causa de esta exuberante demostración, se sintieron deprimidos a su vez, pues también identificaban la presencia del Dios de Israel con la llegada del arca. Siempre había estado asociada en sus pensamientos con la mano de «los dioses poderosos que hirieron a Egipto».

«¡Ay de nosotros! -clamaron- Pues antes de ahora no fue así. ¡Ay de nosotros! ¿Quién nos librará?» (vs. 7 y 8).

Parece que los filisteos se esforzaban en realizar hechos de valor desesperado. Avanzaron al combate con las palabras de sus jefes sonando en los oídos: «Esforzaos, oh filisteos, y sed hombres, para que no sirváis a los hebreos, como ellos os han servido a vosotros; sed hombres, y pelead».

El resultado de ese terrible día fue desastroso en extremo: «Israel fue vencido, y huyeron cada cual a sus tiendas; y fue hecha muy grande mortandad, pues cayeron de Israel treinta mil hombres de a pie» (vs. 10).

Alrededor del arca debieron de haberse amontonado los cadáveres, mientras los hebreos luchaban desesperadamente por defender el símbolo de su fe; pero todo fue en vano, pues el arca fue tomada, y los dos hijos de Elí muertos. Samuel lo había predicho, y así sucedió.

Aquella tarde un benjaminita, rotos sus vestidos y tierra sobre la cabeza, llevó la noticia a los caseríos y villorrios que quedaban junto al camino abierto hacia Silo; y se levantó un lamento que fue aumentando mientras él corría hasta llegar a su clímax en la ciudad del sumo sacerdote: «Llegado, pues, aquel hombre a la ciudad, y dadas las nuevas, toda la ciudad gritó».

Por el tranquilo aire vespertino se levantó un penetrante gemido, pues no había allí nada que pudiera detener la marcha inminente del ejército victorioso sobre la ciudad, privada en un día de sus guerreros, y aparentemente de su Dios.

El anciano Elí, ciego y ansioso, se había sentado en su trono, mirando hacia la carretera principal. Cuando aumentó el ruido del tumulto, preguntó con vehemencia a los sacerdotes y levitas asistentes y, tal vez, a Samuel, en espera como de costumbre para responder a sus pedidos de ayuda: «¿Qué estruendo de alboroto es este?».

Al mismo tiempo parece que el mensajero había aparecido frente al grupo para decirle a Elí quién era. Como respuesta a la emocionada pregunta del sumo sacerdote, «¿Qué ha acontecido hijo mío?», sin aviso ni prefacio, y sin preocuparse por ablandar sus palabras, el mensajero se destapó a hablar, yendo en aumento con un tono aterrador:

«Israel huyó delante de los filisteos, y también fue hecha gran mortandad en el pueblo; y también tus dos hijos (...) fueron muertos y el arca de Dios ha sido tomada» (vs. 17).

El anciano recibió las noticias en silencio. Los primeros tres tiros lo golpearon gravemente pero no mortalmente; pero «aconteció que cuando él hizo mención del arca de Dios, Elí cayó hacia atrás de la silla al lado de la puerta, y se desnucó y murió». Con su último aliento, la esposa de Finees resumió todo el horror de la situación en una sola palabra que expresó con el nombre de su hijo prematuro: Icabod. Era bastante triste haberse quedado viuda, triste que su suegro hubiera muerto en el momento cuando más se le necesitaba; pero era especialmente triste que el arca hubiera sido tomada, pues con ella había desaparecido la gloria. Ella fue un alma veraz y digna de ser contada con Ana por su devoción leal al Nombre y la casa de Dios.

Pero sobrevinieron problemas aun peores. En su huida acelerada, los israelitas desarmaron lo que quedaba de la sagrada tienda y sus muebles, y lo escondieron. En años siguientes esos restos estuvieron en Nob (véase 1 S. 21:1). Apenas habían completado el rescate de las preciosas reliquias cuando la invasión de los filisteos cayó sobre la ciudad desértica como devastadora inundación. Pero el Espíritu de Dios iba a adoptar en esta ocasión un método muy eficaz para informar a los filisteos acerca de su santidad y su poder...

En jubiloso triunfo, ellos habían llevado el arca del campo de batalla al templo de Dagón. El mensaje de un profeta no los habría impresionado; pero no pudieron resistir lo que pasó en las dos mañanas siguientes, cuando encontraron la imagen de Dagón postrada delante del emblema de Jehová, y en la segunda ocasión la cabeza y los brazos estaban separados del cuerpo, de modo que la única parte que quedaba intacta era la cola de pescado al extremo de la figura. Una terrible plaga de tumores cayó sobre los habitantes de cada una de las ciudades a donde se trasladó el arca, y una invasión de ratones destructores en los campos donde la hubieran podido depositar.

La forma postrada de Dagón, la dolorosa enfermedad que los azotó, y la devastación de las cosechas los hizo clamar al Cielo (véase 1 S. 5:12). ¡Se dieron cuenta de que uno más grande que Dagón los castigaba!

También los habitantes de ese pueblo fronterizo tuvieron que aprender una dura lección sobre la santidad de Dios. Él no podía permitirles que manifestaran una indebida curiosidad e irreverencia al manipular el sagrado

emblema de su presencia. Ojear dentro del arca como lo hicieron ellos estaba prohibido a los sacerdotes, y aun al sumo sacerdote, ¿cuánto más a ellos? La rápida retribución que siguió a este acto de irreverencia produjo el reverente reconocimiento de la temible santidad de Dios, cuando decían los hombres de Bet-semes: «¿Quién podrá estar delante de Jehová el Dios santo?».

Y, por el contrario, cuando el arca se llevó reverentemente a Quiriat-jearim, y con mucho cuidado fue confiada a la custodia de Abinadab y de su hijo Eleazar, la bendición que vino sobre este hogar indicaba el tierno amor y piedad de la naturaleza divina, dispuesta a morar con los que son de corazón humilde y sencillo y que tiemblan al oír su palabra.

Capítulo 6: La obra de reconstrucción

Mientras ocurrían las cosas que acaban de describirse, Samuel estaba dedicado a la obra noble y grandiosa de la reconstrucción. Parece que la invasión de los filisteos había perdido fuerza en comparación con su primera explosión triunfante, y habían abandonado los territorios ocupados en el interior de Israel. Por eso Samuel pudo proseguir sus trabajos para su pueblo en calma y sin interrupciones, libre de la celosa supervisión y oposición a la cual hubiera estado sujeto si hubiera continuado la ocupación.

Es posible que se haya establecido en Ramá, que le traía tantos recuerdos de su niñez. Allí estableció su centro de operaciones donde los jóvenes se reunían y recibían instrucción en la primera escuela de los profetas; allí también se casó y tuvo dos hijos. Sus nombres reflejan la piedad y la comunión con Dios que tenía su padre: Joel, que significa «Jehová es Dios», y Abías, «Jehová es mi Padre». Samuel sabía que había que lograr dos objetivos antes de que se pudiera remediar la triste condición de Israel o realizar el ideal divino. Primero, la unidad nacional tenía que recuperarse de la anarquía en que se había hundido. Era inútil pensar en defender la tierra contra las incursiones de los vecinos mientras cada tribu se contentara con una existencia aislada, repeliendo a sus propios enemigos por algún tiempo, pero indiferente a la condición de sus vecinos israelitas y del país en general. Israel tenía que ser uno, animado por un entusiasmo común por su independencia e integridad futuras.

Lo mismo pasa en nuestra época. Las divisiones de la Iglesia son su carga que la vuelven impotente frente a sus enemigos. Es muy triste ver las divisiones entre los cristianos frente a un mundo sarcástico, y nunca podremos hacer que la gente nos crea hasta que hayamos aprendido a magnificar los puntos en los que estamos de acuerdo, y a tener paciencia con todos aquellos que aman al Señor Jesús y están unidos a Él como su Cabeza viviente, aunque su método de declarar la verdad difiera mucho del nuestro. Segundo, los males que habían carcomido el corazón de la nación había que destruirlos. Los lugares de adoración de Baal y Astarot cubrían la Tierra. Por todas partes se celebraban orgías terribles de impureza desvergonzada. Y se hacía evidente que sólo un gran avivamiento religioso podía salvar al pueblo.

Esta fue la oportunidad de Samuel: «Habló Samuel a toda la casa de Israel, diciendo: Si de todo vuestro corazón os volvéis a Jehová, quitad los dioses ajenos y a Astarot de entre vosotros, y preparad vuestro corazón a Jehová, y sólo a Él servid» (1 S. 7:3).

Samuel fue principalmente un hombre de oración. En las páginas siguientes se le conoce como «el que invocaba el Nombre de Dios» (véase 1 S. 9:6-9; Sal. 99:6; Jer. 15:1). Fue además un hombre que tuvo las eminentes virtudes de una vida y reputación inmaculadas. También tuvo sagacidad práctica, y por sus peticiones obró en la conciencia nacional, de modo que, como resultado, «desde el día que llegó el arca a Quiriat-jearim, pasaron muchos días, veinte años, y toda la casa de Israel lamentaba en pos de Jehová».

Fue éste un arrepentimiento nacional, seguido de una reformatión general: «Entonces los hijos de Israel quitaron a los baales y a Astarot, y sirvieron sólo a Jehová».

¡Ojalá que hubiera un arrepentimiento similar y un regreso a Dios en esta época en que vivimos!

Capítulo 7: La victoria de la fe

Después de veinte años de trabajos callados e ininterrumpidos, Samuel guió a su pueblo de modo que volvieran a sentir y a manifestar su antigua unidad, y había un anhelo muy firme de seguir al Señor. Todos los israelitas se unieron para seguir a Jehová y, al hacerlo, se acercaron unos a otros como convergen hacia el centro los rayos de una rueda.

Samuel viajó por todo el país, de extremo a extremo, urgiendo a la gente a volverse a Jehová y a desechar los dioses falsos y Astarot. Por todas partes tumbaban a los ídolos de sus pedestales, y se acabaron las orgías viciosas en los bosques y los valles.

Este movimiento demandó por último una demostración pública, y Samuel citó a todo Israel a Mizpa. Se dedicó un día al ayuno, como lo exigía la ley para el Día de la Expiación. El pueblo confesó sus pecados, afligió sus espíritus y se humilló delante del Señor. Además, se introdujo un rito bastante nuevo. Se trajo agua de un pozo vecino y se vertió solemnemente delante de Jehová, como se haría después en la Fiesta de los Tabernáculos. El derramamiento del agua pudo haber significado que ellos vertían de sus corazones repletos manantiales de penitencia y lágrimas; que deseaban por el peso de sus tristezas lavar su tierra del mal acumulado durante los años pasados; o que el pueblo se daba cuenta de su incapacidad, de modo que eran como el agua derramada en la tierra, que no se podía recoger. Pero, no importa lo que significara, debió de ser un espectáculo asombroso. Fue un acto digno de su hombría, y no nos sorprende que, por repentina aclamación, se le nombrara juez (véase 1 S. 7).

¡Oh, quién indujera a la Iglesia de Dios a rechazar las cosas malas que han dañado su testimonio! ¡Cuál no sería el bendito resultado si los hijos de Dios vinieran a otro Mizpa y confesaran, como hizo Israel: «¡Contra Jehová hemos pecado»!

Las noticias de esta gran convocación llegaron hasta los filisteos, quienes las consideraron como una señal clara del retorno del espíritu de vida nacional. Y «subieron los príncipes de los filisteos contra Israel» (1 S. 7:7). De todas partes arribaron contingentes que formaron un gran ejército, y había mucha

razón para temer que se repitiera la experiencia terrible de Afec. Las multitudes israelitas estaban sobrecogidas de pánico. Sólo les quedaba una esperanza: Dios tendría que venir al auxilio de Israel, o si no serían pisoteados por los conquistadores.

«No ceses de clamar por nosotros a Jehová nuestro Dios -dijo el pueblo a Samuel-, para que nos guarde de la mano de los filisteos».

El poder de las oraciones de Samuel ya tenía fama por toda la Tierra, como las de Juan Knox en los días de la reina María. El pueblo llegó a creer en ellas; las consideraban como la salvaguardia de sus libertades. Si Samuel oraba, podían contar con la liberación. Sabían que habíaorado, ahora le rogaban que no cesara.

Pero Samuel hacía algo más que orar. Tomó un corderito y lo ofreció como ofrenda del todo quemada delante del Señor, simbolizando así que el deseo de Israel era estar completamente rendido a la voluntad divina. Y es que debe haber consagración antes de que haya fe y liberación. No basta con rechazar el pecado; también debemos entregarnos absoluta y completamente a Dios. El fracaso en la conducta denota un fracaso en la vida espiritual. Si siempre estás vencido por los «filisteos», entonces puedes estar seguro de que hay algo malo en tu consagración interior.

Mientras se elevaba el humo de esta ofrenda por el aire tranquilo, y los ojos de decenas de millares estaban fijos en Samuel, y su clamor penetrante por la ayuda divina subía al Cielo, los filisteos se acercaron para presentarle batalla a Israel. Entonces, de repente, la voz de Dios respondió a los gritos del profeta: «Jehová tronó aquel día con gran estruendo [en hebreo la voz de Dios] sobre los filisteos, y los atemorizó».

El firmamento se puso oscuro con la tempestad, y el estruendo de los truenos hacía estremecer la montaña. Luego a una señal de Samuel, los hombres de Israel se lanzaron sobre el enemigo fugitivo. Josefo cuenta de otra circunstancia que se añadió a los horrores de aquella irresistible matanza: «Dios destruyó sus filas con un terremoto; la tierra tembló bajo sus pies, de modo que no había lugar donde pudieran detenerse con seguridad. Caían a tierra indefensos o en las grietas que se abrían bajo sus pies».

La persecución sólo terminó cuando los filisteos estuvieron a la sombra de su propia fortaleza en Bet-car, o el Pozo de las Viñas como se la llama hoy en día.

Este es el gran mensaje de toda la historia para nosotros. Si tan sólo la Iglesia de Dios rechazara los males que entristecen al Espíritu Santo y si nosotros mismos nos separáramos de las cosas mundanas, el Espíritu se interpondría para nuestro bien. El Señor nos libraría, peleando por nosotros contra nuestros enemigos, para que seamos más que vencedores por medio de Aquel que nos ama.

Capítulo 8:

La piedra de ayuda

«Tomó luego Samuel una piedra y la puso entre Mizpa y Sen, y le puso por nombre Eben-ezer (piedra de ayuda) diciendo: Hasta aquí nos ayudó Jehová» (1 S. 7:12).

Este era el mismo lugar en el que Israel había sufrido la gran derrota que llevó a la captura del arca (véase 1 S. 4:1). ¡Qué maravilla que la historia de la victoria se contara en la llanura que había sido la escena de la derrota! Desde aquel momento, quedó establecida la supremacía de Samuel en el país. Durante su gobierno como juez, los filisteos no volvieron a entrar en Israel. Las ciudades aisladas que los filisteos le habían quitado a Israel le fueron restauradas, desde Efrón hasta Gat (vs. 14). Los amorreos, que eran parte de los cananeos, consideraron ventajoso aliarse con Samuel y abstenerse de hostilidades.

Es sorprendente lo que puede hacer la oración. No sólo puede abrir y cerrar los Cielos, sino que le da al alma que ora una supremacía absoluta en sus tiempos, de modo que la gente reconozca que el salvador de la ciudad no es tanto el político, ni el intelectual, ni el estadista, sino aquel que ha aprendido a caminar con Dios.

Detengámonos un poco junto a esta piedra para aprender unas lecciones más, pues las piedras tienen oídos y voces. Josué dijo que la piedra que había levantado, al terminar la obra de su vida, había oído, y nuestro Señor dijo que las piedras que tenía alrededor podrían clamar (véase Jos. 24:27; Lc. 19:40).

La piedra estaba en un terreno que era testigo de un terrible fracaso y desastre: en el lugar donde se libró la batalla de Afec...

«Salió Israel a encontrar en batalla a los filisteos, y acampó junto a Eben-ezer, y los filisteos acamparon en Afec» (1 S. 4:1).

«Cuando los filisteos capturaron el arca de Dios, la llevaron desde Eben-ezer a Asdod» (1 S. 5:1).

Muchos de los que estaban reunidos alrededor de Samuel cuando él erigió la piedra y la nombró, seguramente estuvieron presentes veinte años antes en ese campo fatal, el ocaso de la gloria de Israel. La lucha entonces debió de ser más fiera, y la matanza mayor; allá en la distancia, la lucha se había intensificado alrededor del arca de Dios que cambió varias veces de bando durante la batalla. En este momento culminante se habían realizado grandes proezas para impedirle a Israel una vergonzosa huida, pero todo fue en vano. Allí murieron Ofni y Finees. A pesar de todo esto, y aunque el lugar trata memorias de desgracia y vergüenza, allí fue erigida la piedra que tan bien les recordaba la ayuda divina.

¡Qué consuelo tan grande hay en esto para nosotros! Nosotros también, tal vez, estemos viajando en esta misma hora por campos de batalla tristemente marcados por la derrota. Una y otra vez nos hemos enfrentado a los enemigos de nuestra paz en conflicto mortal, sólo para ser rechazados. Hemos sido dominados por nuestro adversario y vencidos, a pesar de todos nuestros esfuerzos, por nuestro pecado dominante. ¡Animémonos! La piedra de Eben-ezer se levantará en el propio campo de la batalla fatal de Afec.

Qué historia tan maravillosa, si se dijera toda, contaría esta piedra de las asombrosas relaciones de Dios con su pueblo. Veríamos en retrospectiva los últimos veinte años de paciente trabajo del profeta Samuel para llevar a su pueblo de regreso al Dios de sus padres. Sabríamos de muchas escenas de acción iconoclasta, pues desde Dan hasta Beerseba había habido una expulsión general de los baales y Astarot, tala de bosques y demolición de los falsos altares. Recordaba también esa memorable convocación de Israel en Mizpa, cuando se vertió agua delante del Señor con confesión de pecados y en penitencia humilde. Era un monumento especial de la ofrenda quemada que declaraba la resolución de Israel de dedicarse desde entonces completamente a Dios y al penetrante grito intercesor de Samuel. Recordaba, sobre todo, aquel momento glorioso en que al acercarse los filisteos para atacar a Israel, «Jehová tronó (...) con gran estruendo sobre los filisteos, y los atemorizó, y fueron vencidos delante de Israel».

¿Ha sucedido algo así en tu vida, querido lector? Mucho depende de tu respuesta. Si desde tu último fracaso y derrota no ha habido actos del alma, como los que tuvieron lugar en Mizpa, no hay posibilidad de ningún cambio en la larga monotonía de tus reveses, a menos que se derrame tu corazón delante de Dios, destruyas tus ídolos y te decidas a seguirlo plenamente.

Yo testifico del incesante fracaso de mi vida mientras abrigué en mi corazón cosas que eran ajenas a la santa voluntad de Dios. De poco valor fueron las reglas para el vivir santo, las convenciones solemnes y conmovedoras, los libros y los discursos útiles. Hubo una enmienda temporal, pero poco más que eso. Pero cuando la escena de Mizpa se reflejó en el espejo interior del alma, entonces se produjo la victoria en el propio lugar marcado por la derrota.

Me gustaría que meditaras en esto. Nunca se levantará la piedra de Eben-ezer hasta haber estado en pie en la torre de Mizpa y haber arrojado todos los pecados conocidos y toda complicidad que te sea ofensiva al Señor Jesucristo. Sólo entonces será de provecho y estará disponible la potencia guardadora de Dios.

Dices que no puedes... ¡Ah, es el momento cuando el Gran Médico quiere mediar en tu rescate y liberación! Él hará lo que tú no puedes hacer por ti mismo. La única pregunta es: ¿La deseas? Entonces, ríndete ante tu impotencia y declárasela al Señor para que Él se ocupe de todo.

El mensaje de la piedra se extendía tanto al pasado como al futuro: «Hasta aquí nos ayudó Jehová».

Y nos seguirá ayudando... En nuestro paso por la vida tengamos cuidado de levantar nuestras piedras de Eben-ezer, para que cuando se nos amontonen nuevas responsabilidades, o nos amenacen dificultades imprevistas, recibamos el valor para cantar como Newton:

«Su amor no me deja pensar en lo pasado,
Él no me dejará hundir en mis problemas;
cada dulce Eben-ezer que he levantado,
son lemas de su pronta ayuda al alma».

En toda su vida, si tan sólo confías en Dios, tendrás la ocasión de levantar estas piedras de ayuda. La última piedra que levantemos estará a las orillas del río de la muerte. Al darle la espalda para siempre a la tierra de nuestra peregrinación, y entrar a la obra y adoración de la eternidad, pondremos una gran piedra para la gloria de nuestro Dios, diciendo una vez más, con un suspiro profundo de perfecta satisfacción: «Hasta aquí nos ayudó Jehová».

Capítulo 9: Un gran desengaño

La prueba suprema del carácter es el desengaño y el fracaso aparente. Ahora vamos a ver cómo se portó Samuel en medio de una gran decepción. Por lo menos se puede decir de él como se había dicho antes de Job: que todavía se aferraba a su integridad.

Durante los años que siguieron a la gloriosa victoria de Afec, Samuel se dedicó a construir en los corazones de sus conciudadanos algo de esa profunda creencia en el gobierno del Rey Divino que conocemos como la teocracia, y que era de tanta estima para todos los hebreos piadosos. Su centro de operaciones estaba en su hogar en Ramá que era la escena de su feliz infancia. Desde allí salía a viajes por itinerarios.

¿Quién era él sino el mensajero y ministro del Señor de los Ejércitos? Con toda la fuerza de su carácter y la elocuencia de su oratoria insistía en que el pueblo era vasallo de Jehová. Sólo a Él debían acatar. De Él recibirían instrucciones en tiempos de confusión y liberación en las batallas. No necesitaban rey: Jehová era el Rey, ni funcionarios, sino sólo los que llevaban sus mensajes; ni código legal, sino el que emanaba de Él. Era un concepto hermoso e inspirador.

Tenía el mismo propósito cuando instituyó las escuelas de los profetas. Debemos atribuir la institución de estos centros de aprendizaje al conocimiento que tenía Samuel de su época. El sacerdocio había perdido el derecho a mediar entre Jehová y su pueblo. Era evidente que debía surgir algún otro cuerpo religioso.

La situación temporal exigía hombres preparados en la ley de Dios y aptos para interpretar los oráculos sagrados del pueblo, y de cuyo medio se levantarían de vez en cuando hombres que proclamaran desde las azoteas lo que Dios les había susurrado en los oídos en secreto. Estas escuelas florecieron también en los días de Elías y Eliseo; algunas parecían estar en los mismos sitios donde las instituyó Samuel (véase 1 S. 19: 23 y 24; 2 R. 2).

En el fracaso de sus hijos vemos que Samuel dejó de darse cuenta de su elevado propósito. Al envejecer, Samuel fue perdiendo su capacidad para administrar justicia; la carga del gobierno se le volvió muy pesada y nombró a sus hijos como jueces para que le ayudaran. Este experimento dio como resultado un fracaso desastroso: «No anduvieron los hijos por los caminos de su padre, antes se volvieron tras la avaricia, dejándose sobornar y pervirtiendo el derecho» (1 S. 8:3).

Esto precipitó la catástrofe; y «todos los ancianos de Israel» vinieron a Samuel en Ramá: «He aquí te has envejecido, y tus hijos no andan en tus caminos; por tanto, constitúyenos ahora un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones» (vs. 5).

Considerándolo desde un punto de vista meramente humano, había mucho que justificaba esta petición. Los filisteos estaban moviendo sus puestos de avanzada hacia el corazón de Israel (véase 1 S. 13: 3, 5); Nahas el amonita era un vecino peligroso de la frontera oriental (véase 1 S. 11:1); existía el temor de que el pueblo se desintegrara de nuevo a la muerte de Samuel. Pero, al contrario, la petición quebrantó las esperanzas del profeta: «No agradó a Samuel esta palabra que dijeron: Danos un rey que nos juzgue».

No era tanto que lo hubieran rechazado a él, sino a Dios, que no sería Rey sobre ellos. Habían dejado de entender el concepto correcto y habían descendido al nivel de las naciones de alrededor.

Bajo estas amargas circunstancias, se fue a su puerto de refugio: «Samuel oró a Jehová».

Luego el Señor le respondió a su siervo... Cuando Samuel clamó a Jehová acerca de su crítica situación, la respuesta divina aclaró que tendría que abandonar el querido ideal de toda su vida. En la mente del profeta quedó la impresión nítida de que tenía que renunciar a su elevado propósito, y descender para subordinarse a un rey. Su poderoso Amigo y Confidente le dijo: «Oye la voz del pueblo en todo lo que te digan» (1 S. 8:7).

Pero al mismo tiempo su tristeza se mitigó grandemente porque descubrió que Dios también sufría con él, y que la tristeza del corazón divino era infinitamente mayor que la suya: «No te han desechado a ti, sino a Mí me han desechado».

Es un gran honor que una persona sea llamada a compartir con Dios el dolor y la tristeza terribles que ponemos sobre su tierno y santo Espíritu.

Ninguno debe considerar extravagancia el atribuir sufrimiento a Dios, por causa del rechazo de los corazones humanos, que rehúsan su Reino y tienen en poco el Espíritu de su gracia. Cristo nos enseñó que Dios no es impasible. El anhela, sufre, ama, como los padres humanos, solamente con intensidad divina, que es más profunda y elevada. El profeta dice que Dios estaba oprimido por la carga del pecado y la rebelión del hombre, como la carreta que chirrea bajo su carga.

Sin duda alguna, la petición del pueblo de un rey tenía como fundamento parcial Deuteronomio 17:14, que parecía anticipar la crisis que ahora se presentaba. Pero la petición se le había hecho a Samuel prematuramente. En vez de tratar de entender el pensamiento de Dios, el pueblo había tomado su propia decisión; en vez de consultar al anciano profeta, dictaron ellos mismos las normas que ya habían decidido.

Bajo estas circunstancias, y por instrucción directa de Dios, Samuel protestó solemnemente a la embajada de ancianos -y por medio de ellos a todo el pueblo-, haciéndoles saber la clase de rey que tendrían. Era imposible que el rey exigido con un espíritu tal como mostraba el pueblo pudiera ser un hombre según el corazón de Dios. Ellos querían un rey que, en su estatura y comportamiento, en sus hazañas y hechos bélicos, fuera digno de comparación con los monarcas vecinos. Esto era de mucho más valor para ellos que el carácter, la obediencia a Dios, o la lealtad al código mosaico. Y como ellos querían, así se hizo. A menudo sucede que Dios nos da según nuestra petición, pero pone desconsuelo en nuestras almas (Sal. 106:15).

Toda la extravagancia y prodigalidad de la vida humana, que eran las compañeras comunes de la realeza en los países vecinos, estaban destinadas a aparecer en la corte de los reyes de Israel. Obligarían a los jóvenes a hacer sus armas, pelear sus batallas y servir en su propiedad real. Obligarían al pueblo a trabajar gratis la labranza de su tierra. De las hijas y esposas del pueblo exigirían perfumadoras y panaderas y otros lujos exquisitos del gusto real. Confiscarían a su gusto viñas y olivares, las fincas y las tierras. Un pesado sistema tributario se impondría al producto de la tierra y del ganado que cubría los pastizales, mientras que el pueblo tendría que contentarse con ver solamente que su dinero, ganado con el sudor de sus frentes, se malgastaba en los placeres y excesos sensuales del palacio.

Una experiencia breve de este tipo de gobierno produciría un clamor universal, al darse cuenta la nación del grave error cometido; pero esta decisión apresurada sería irreparable.

Tanto la protesta como la reconvención de Samuel fueron vanas: «El pueblo no quiso oír la voz de Samuel, y dijo: No, sino que habrá rey sobre nosotros».

Confiaron en el hombre y en el brazo de carne; su corazón se apartó del Señor, y en el futuro estaban destinados a ver a su rey asesinado, sus tierras destruidas, y los bienes nacionales reducidos al mínimo...

Cuando Samuel vio que el pueblo ya había tomado su decisión, despidió la asamblea y se dedicó a hacer por ellos todas las cosas de la mejor manera posible. Se propuso formar una organización completamente nueva. Al hacer esto, tuvo que sacrificar sus convicciones previas y violentar su buen juicio; pero cuando vio que no le quedaba alternativa, se volvió el organizador más dedicado y eficaz del nuevo sistema.

Capítulo 10:

La voz de las circunstancias

Ya amanecía en el cielo oriental, cuando tres hombres descendían por la empinada cuesta de Ramá y salían por las puertas de la ciudad. Era un grupo notorio aquel: el anciano vidente, un «joven y hermoso», rey elegido, aunque él no lo sabía, y su siervo Doeg, quien más tarde adquirió una infeliz notoriedad, según la tradición, pero era en ese tiempo un simple pastor al servicio del hijo de su amo.

«Y descendiendo ellos al extremo de la ciudad, dijo Samuel a Saúl: Di al criado que se adelante, mas espera tú un poco para que te declare la palabra de Dios» (1 S. 9:27).

Las circunstancias que condujeron a este incidente fueron que se habían perdido las asnas de Cis, padre de Saúl: «Dijo Cis a Saúl su hijo: Toma ahora contigo alguno de los criados, y levántate, y ve a buscar las asnas» (vs. 9).

Cuando salieron de casa no sabían lo lejos que los iba a llevar esa búsqueda: «Y él pasó el monte de Efraín, y de allí a la tierra de Salisa, y no las hallaron. Pasaron luego por la tierra de Saalim, y tampoco. Después pasaron por la tierra de Benjamín, y no las encontraron».

Pasaron tres días en esta infructuosa búsqueda, deteniendo a todos los viajeros, haciendo muchas preguntas y examinando todos los senderos. Pero de nada valió todo eso.

Por la providencia de Dios, que algunos llaman suerte, los buscadores se encontraron en la tierra de Josué, y allí al pensar en la posible ansiedad de su padre, el joven campesino se detuvo y dijo: «Ven, volvámonos; porque quizás mi padre, abandonada la preocupación por las asnas, estará acongojado por nosotros».

Esta declaración indicaba una tendencia admirable y buena del carácter de Saúl. En general, el hombre que se preocupa por los sentimientos de sus allegados tiene grandes posibilidades de ser un buen gobernante de hombres.

Después de decidirse a ofrendar la pieza de plata descubierta en el fondo del bolsillo del siervo, como su regalo para el vidente, los dos hombres se dirigieron hacia la puerta de la pequeña ciudad, «que estaba sobre una colina», y cuyas casas blancas relumbraban con la intensidad de la luz del sol. Las mujeres jóvenes, a quienes les hicieron preguntas, el hecho de que Samuel estuviera en la ciudad y en camino a una fiesta en el lugar alto, el encuentro con Samuel mismo en la calle principal, y las noticias de que las asnas habían sido encontradas, eran como señales que les indicaban el camino que debían seguir, hasta que llegaron al lugar que les esperaba: el puesto de honor y la porción de carne preparada por orden especial del profeta.

¿Hay algo tan trivial que no merezca incluirse en el plan divino? Nunca olvidemos que las asnas extraviadas, el encuentro inesperado en la calle, la presencia o ausencia de una moneda en el bolsillo, son todos parte del plan divino para Saúl; así que el ojo vivo, el oído aguzado y el corazón obediente detectan las cosas que Dios ha preparado para los que lo aman.

Saúl durmió en el terrado de la casa de Samuel aquella noche. El profeta le había preparado cama allí con un propósito especial que ardía como llama intensa en su corazón; pues cuando la casa estuvo en silencio, subió a ver al joven que estaba meditando en los sucesos del día y «habló con Saúl en el terrado».

Con mucho cuidado Samuel despertó al joven Saúl, hijo del campo, quien posiblemente había vivido en una zona circunscrita y estrecha, y que tenía más interés en rebaños y ganado, en viñas y cosechas, y en las conversaciones de los granjeros que en el bienestar nacional. Samuel lo despertó antes que la brisa que anunciaba la aurora comenzara a mover las hojas del bosque durmiente: «Samuel llamó a Saúl, que estaba en el terrado, y dijo: Levántate, para que te despida».

Entonces, al llegar al extremo de la ciudad, mandaron al siervo adelante y los dos se quedaron atrás. Samuel sacó de sus vestiduras un frasco con óleo y lo vertió sobre la cabeza joven y fuerte que se inclinó a su toque. Y le dijo: «¿No te ha ungido Jehová por príncipe sobre su pueblo Israel?». Fue la hora suprema de la vida de Saúl. No es de maravillarse que «al volver él la espalda para apartarse de Samuel, le mudó Dios su corazón». En cierto sentido, aunque no el más profundo, las cosas viejas pasaron, y todo fue hecho nuevo.

Capítulo 11:

Haz lo que te viniere a mano

Las circunstancias se combinaron para que Samuel designara secretamente a Saúl como rey; y este acto extraordinario sería corroborado también por medio de hechos tan importantes y especiales que llevaban en sí la marca divina. El anciano profeta los previó con precisión infalible, y así mismo ocurrieron: «Todas estas señales acontecieron en aquel día».

Primero, junto a la tumba de Raquel, dos hombres lo hallaron y le dijeron que las asnas habían sido encontradas y que su padre había dejado de preocuparse por ellas, y ahora pensaba en su hijo, diciendo: «¿Qué haré acerca de mi hijo?».

Cuando Dios ha hecho un llamamiento, tan claro e inconfundible como el que recibió Saúl de labios de Samuel, el recipiente debe esperar confiada y pacientemente a que la profecía se cumpla. Muy pronto recibirá el mensaje en alguna forma, como Saúl: «Las asnas (...) se han hallado».

Cualquier circunstancia de esa clase será una confirmación inconfundible de que la voz del Señor le ha estado hablando al corazón, y que su nube nos indica que lo sigamos.

Después de seguir su camino, lleno de admiración y temor, cerca de la encina de Tabor (cuya situación es completamente desconocida), Saúl encontró tres hombres que iban en peregrinación santa a Betel.

Estos hombres llevaban, como dijo Samuel, sus ofrendas votivas para el santuario: tres cabritos, tres tortas de pan y una vasija de vino. Después de saludar a Saúl con el invariable saludo oriental, «la paz sea contigo», le entregaron dos tortas de pan, como si obedecieran una convicción interior impresa por el Espíritu divino de que aquel que habían encontrado no era un viajero cualquiera, sino uno que podía compartir el homenaje de ellos aun con el Dios todopoderoso.

Finalmente, Saúl llegó al collado de Dios (Gabaa). Cerca de este sitio, y tal vez a la vista de su casa, Saúl encontró un grupo de jóvenes relacionados con la escuela profética establecida por Samuel. Descendían del lugar alto con

salterio, pandero, flauta y arpa. Tenían la inspiración del fervor y el éxtasis proféticos, y al contemplar Saúl su arrobamiento santo, cayó en éxtasis también: «El Espíritu de Dios vino sobre él con poder, y profetizó entre ellos».

No debe asombrarnos esta afirmación. No es extraño encontrar personas afectadas temporal y espasmódicamente por impresiones religiosas fuertes sin haber sido libradas de forma permanente y para salvación de su antigua manera de vivir mundana y egoísta.

Lo que para Saúl fue sólo una influencia transitoria y superficial puede llegar a ser para cada uno de nosotros una posesión permanente. El Espíritu de Dios puede venir sobre nosotros y llenarnos y morar en nosotros, como hizo con los que lo recibieron en la Iglesia primitiva. En olas sucesivas de poder y gracia puede venir a nosotros, para que no sólo seamos llenos del Espíritu repentina y poderosamente para cierta obra, sino para que en todo momento estemos conscientes de su santa presencia en nosotros, como lo estuvieron los primeros conversos de las tierras altas del Asia Menor; para que seamos llenos de modo permanente, como los discípulos (véase Hch. 13:52).

Siempre que Dios nos llama a un servicio especial nos da una unción especial del Espíritu Santo. Esta es una Verdad universal. Y si nos llama, también nos equipa para cumplir sus propósitos en el llamamiento.

La transformación del joven campesino asombró a todos los que lo conocían antes, y se decían uno al otro: «¿Saúl también entre los profetas?».

Produjo tanta conmoción como cuando Saulo de Tarso se unió a los cristianos, a quienes había perseguido, o cuando Bunyan y Newton se volvieron ministros del Evangelio. Uno de los ancianos, sin embargo, entendió la razón de lo ocurrido. Los rumores de la entrevista de Saúl con Samuel comenzaban a circular, y dijo: «¿No ha estado él con Samuel, el padre de estos profetas benditos y exaltados? No nos sorprenda, entonces, que él participe de sus dones».

Cuando su primera excitación emocional se aplacó y recobró el control de sí mismo, Saúl subió al lugar alto, tal vez a meditar y orar para poder entender toda la importancia de lo que le había sucedido recientemente. ¿A quién iremos, oh, Dios santísimo, en los momentos supremos de la vida, sino a Ti? Sólo Tú puedes entender.

Antes de despedir a su asustado huésped, Samuel le dijo: «Haz lo que te viniere a la mano» (1 S. 10:7).

Siempre se puede usar el sentido común santificado. Las circunstancias pueden ser de origen divino, pero nosotros podemos usarlas para bien o para mal, para ayuda o para estorbo. La guía divina de nuestras vidas no elimina la necesidad del ejercicio de la discreción, el mirar lo que está antes y después, y consultar con Dios en oración, para ver cuál sea la voluntad del Señor.

En la vida hay siempre necesidad de ejercitar nuestro buen juicio, a través del cual pueda brillar la luz de Dios como a través de un cristal transparente. No somos marionetas, ni criaturas del destino o el azar, ni autómatas. Si pedimos la guía divina, se nos da gratuita y abundantemente, pero debemos usarla. De lo contrario, nada sirve. Solamente los que reciban la abundancia de la gracia y el don de justicia reinarán en vida.

Capítulo 12: Conflictos internos y externos

El capítulo once del libro primero de Samuel registra una gran victoria. Fue el primer acto público del reinado de Saúl y tuvo ocasión un mes después de su unción como rey. De una vez justificó su selección y silenció a sus detractores; surgió a los ojos del pueblo y de las naciones vecinas como todo un hombre y verdadero rey.

Pero en este capítulo, si observamos bien, se verá otra lucha implícita. A saber, está la batalla externa que Saúl peleó por Israel, y la batalla interna previa que luchó solo, contra sí mismo. Y fue por haber vencido en esta, de la que no había señales para el pueblo, que salió triunfante en su conflicto con Nahas. En su interior, Saúl luchó contra la tentación sutil del orgullo. Samuel quería constituir el nuevo reino y convocó una gran asamblea nacional en Mizpa, donde habían tenido lugar antes una gran victoria y una derrota terrible. En gran tumulto se reunió allí, y los israelitas procedieron a elegir a su rey por sorteo, luego de haber invocado a Dios. Después de orar se echaron las suertes y se le dejó la disposición del resultado a Dios.

Primero salió favorecida la tribu de Benjamín, luego el clan de Matri, entonces la familia de Cis, y por último, se escogió a Saúl hijo de Cis; pero él no aparecía por ninguna parte. Él sabía por su conversación anterior con Samuel que era el rey escogido por Dios; el óleo de la unción ya había corrido por su cabeza; tenía porte real y sobresalía en estatura por encima de todo el pueblo. Si hubiera querido pasar al frente y dejar que la ambición lo dominara, ese era el momento en que Saúl debía haberse adelantado y presentado al pueblo como el candidato indisputable a la corona. Pero no estaba allí, y en vano lo buscaron por todas partes. Sólo cuando se echaron las suertes por el Urim y el Tumim la segunda vez, lo encontraron escondido entre el bagaje.

Esta modestia era hermosa en extremo, y nuestra admiración de las tendencias naturales del carácter de Saúl se ensancha mucho por su discreción. Nos recuerda a Atanasio, que salió de la ciudad de Alejandría para que no lo eligieran obispo; y a Ambrosio, quien más de una vez trató de evadir la responsabilidad que se le impuso en Milán.

Entre los gritos de «¡Viva el rey!» y el aplauso de su nombramiento, estaban las voces de sus detractores, hombres de Belial, que murmuraban: «¿Cómo nos ha de salvar éste?».

Estas voces han de haber aguijoneado el corazón de Saúl, pero él dominó el deseo de venganza y apagó todas las brasas que el odio podía haber encendido. Y no es que fuera tímido o flojo, pues en el mismo capítulo se nos dice que, cuando oyó el clamor de Jabes de Galaad, «se encendió en ira en gran manera». Podía enojarse contra la injusticia, pero en el caso de sus detractores se contuvo y «disimuló».

En el original hebreo dice que «se hizo el sordo», aunque las palabras contrarias le quebrantaran el espíritu. Damos señales de gran poder cuando podemos disimular o no hacer caso a las calumnias, la detracción y los discursos faltos de bondad y caridad, y los tratamos como si nunca se hubieran dicho. Quitamos la mirada de los hombres para ponerla en Dios, dejando que Él haga justicia, creyendo que, tarde o temprano, Él nos dará la oportunidad, como a Saúl, de probar nuestro temple y valor.

Si Saúl les hubiera concedido atención a esos hombres, tal vez se habría puesto en una situación bastante difícil; pues si hubiera desoído sus calumnias, quizás hubiera pasado por cobarde; y si hubiera reaccionado enérgicamente contra ellos, lo habrían tildado de tirano y posiblemente se le hubiera apartado un gran número de gente. No pudo haber hecho nada mejor que pasar por alto a sus detractores, y dominar el espíritu de venganza mediante el control de sí mismo.

Cuando la asamblea se dispersó, Saúl se fue de Mizpa a Gabaa. Él había sido designado por Samuel y besado en señal de sumisión. Todo indicaba que era el escogido de Dios para Israel; había estado en pie en medio del clamor de la gente reconocido como el rey de Israel; tal vez algunos jóvenes, enardecidos por entusiasmo leal habrían salido a su camino para acompañarlo a su casa con cantos de alegría. Sabía que podía reunir a su alrededor a los más poderosos y distinguidos del país; sin embargo, de regreso a Gabaa, fue lo bastante noble para volver a su rústica vida de campesino. De nuevo empuñó el arado y, durante un mes, trabajó con los bueyes en el campo, meditando mucho en la extraña suerte que le había tocado y pensando en cuándo le permitiría Dios comenzar a disfrutar de la realeza que ya era suya.

Estos eran los rasgos de un espíritu verdaderamente grande. No olvidamos tampoco a Gilboa y la locura horrible que destruyó su carrera. Recordamos que le arrojó su jabalina varias veces a David, que se volvió melancólico y malhumorado, que manifestó sentimientos homicidas y que se suicidó. Pero, en esta época de su vida, por lo menos, permaneció humilde, dominó el deseo de venganza y dejó que Dios lo justificara, sometió la ostentación que nos tienta a todos y se dedicó a sus labores cotidianas, en espera de la señal de Dios para tomar las riendas del gobierno. Esto es motivo de gran admiración.

Una noche en que Saúl regresaba del campo oyó esos quejidos de tristeza y pánico con que la gente del Medio Oriente manifiesta su angustia; y al acercarse a Gabaa preguntó qué significaba aquello: «¿Qué tiene el pueblo que llora?» (vs. 5).

Entonces le contaron la historia de que al otro lado del Jordán, en la tierra de Galaad, la ciudad de Jabes estaba bajo fuerte presión de los amonitas. Bajo el mando de Nahas, el rey, se había reunido en gran número alrededor de la ciudad sitiada. Sus ciudadanos habían hecho ya todo lo posible por resolver la situación, pero todo había sido en vano. El inclemente rey Nahas sólo les había dado una semana de tregua, y si al cabo de ese tiempo no obtenían liberación de afuera, le sacaría el ojo derecho a cada uno de los hombres del lugar, lo cual los inutilizaba para la guerra, pues el ojo izquierdo estaba generalmente cubierto con el escudo.

Los mensajeros vinieron desesperados a Gabaa de Benjamín, porque en los días de los jueces Jabes de Galaad no quiso tomar parte en la guerra de exterminación contra los benjaminitas, y habían dado en matrimonio cuatrocientas hijas a los hijos de Gabaa. Había entonces lazos de consanguinidad entre los dos pueblos, y en esta hora terrible creyeron que tenían derecho los de Jabes a pedir la ayuda de Gabaa. Y si ellos no los ayudaban, entonces ¿quién? Pero los de Gabaa también se desesperaron. Parecía imposible enviar una ayuda eficaz en tan corto tiempo. Saúl vivía allí, pero no había esperanza de que él pudiera ayudarles. El día ya declinaba y la angustia era desesperada.

Entonces el hombre que se había vencido a sí mismo, de repente se dio cuenta de que había un poder completamente nuevo en su corazón. Se nos dice que «el Espíritu de Dios vino sobre él con poder»; un poco más adelante dice que «cayó temor de Jehová sobre el pueblo» (vs. 7).

De inmediato Saúl recogió sus bueyes, los mató, y envió sus pedazos por toda la tierra. Sir Walter Scott cuenta también que de modo similar los antiguos capitanes de las tierras altas solían convocar a las familias para la guerra enviando la cruz de fuego por todo Israel. El pueblo obedeció el llamado real. Al principio eran una multitud sin disciplina; pero Saúl, en el poder de Dios, los comandó, enviándolos por tres rutas diferentes, para caer sobre los amonitas por la mañana. Se envió un mensaje a Jabes para informarle a la gente que la ayuda estaba en camino, y se alegraron.

Luego, al despertar la mañana sobre los silenciosos valles y collados de Galaad, por tres lados diferentes Saúl lanzó su ejército contra las huestes dormidas de sus enemigos. Se pusieron en pie, sobrecogidos de pánico; medio dormidos no pudieron resistir el ataque de Israel; y la derrota fue tan completa que al mediodía no quedaban ni dos hombres juntos. Fue una victoria maravillosa y un comienzo propicio para el nuevo reino.

Capítulo 13:

Nunca desamparado

Como toda la tierra vibraba de emoción al oír las noticias del triunfo de Saúl y la liberación de Jabes, le pareció a Samuel que la situación era favorable para confirmar el reino en manos de Saúl, y convocó a la nación a una gran asamblea en Gilgal. Era el lugar donde Israel había acampado la primera noche después de cruzar el Jordán, y todavía se podían ver las doce piedras que conmemoraban la ocasión. Allí se había realizado el acto de la circuncisión para limpiar al pueblo del descuido del desierto, y allí se había celebrado la primera pascua en la tierra prometida. En medio de estos monumentos y grandes recuerdos, se reunió el pueblo que venía de cerca y de lejos para coronar a Saúl como rey. Había sido designado en Mizpa, y sería coronado en Gilgal. Era la inauguración de su reino, su ratificación y confirmación por todo el pueblo.

Después de esta gran ceremonia, Saúl y el pueblo se alegraron y presentaron ofrendas de paz y de acción de gracias delante de Dios; este, también, fue el momento que escogió Samuel para dejar su oficio de juez: el último de los jueces y el primero de los profetas. Con la cabeza descubierta y delante de su vasto auditorio, señalando sus blancos cabellos, Samuel dijo: «Yo soy ya viejo y lleno de canas (...) he andado delante de vosotros desde mi juventud hasta este día» (1 S. 12:2).

Ansiaba obtener del pueblo una justificación de la impecabilidad de su carrera. Por eso afirmó: «Nunca los he calumniado, ni agraviado. Ni he tomado el buey ni el asno de ninguno. ¿Puede alguien acusarme de haberle quitado siquiera una sandalia, como cohecho, que no pueda yo mirarlo a los ojos?». Y todo el pueblo con voz unánime contestó: «Nunca nos has calumniado ni agraviado, ni has tomado algo de mano de ningún hombre». Pero el anciano no estaba contento todavía; quería obligar al pueblo con un juramento solemne, delante de Dios y del rey; y por eso dijo, levantando sus manos al Cielo: «Pongo a Dios por testigo contra ustedes en este día, y también contra su ungido, de que lo que ustedes han dicho es verdad». Y el pueblo respondió al unísono: «Él es testigo». El anciano quedó tranquilo y añadió: «Sí, Dios es testigo; el mismo Dios que sacó al pueblo de Egipto y designó a Moisés y a Aarón».

Samuel describió los pecados del pueblo. Fue una gran oportunidad para mostrarles en qué habían pecado. El hombre cuyas manos están limpias de maldad puede ser el crítico sincero del mal de otros. Samuel trató de persuadir al pueblo sobre varios asuntos, y se atrevió a sacar a luz los crímenes de su nación, para que los vieran tales cuales eran.

Primero les indicó la diferencia entre el método de procedimiento antiguo y el nuevo. Los hizo regresar con la imaginación a Egipto y les dijo más o menos esto: «Cuando sus padres estaban en la esclavitud en Egipto y bajo la opresión de Faraón, ustedes clamaron a Jehová y Él en su misericordia les dio la liberación. Y cuando en la época de los jueces ustedes fueron oprimidos por Sisara, luego por los filisteos, y después por el pueblo de Moab, ustedes le pidieron a Dios que los liberara, y Él lo hizo; pero, ahora, cuando Nahas amenaza con invadirnos, y la tormenta se alcanza a ver en el horizonte, en vez de reunirse a orar, me insisten en que les ponga un rey. ¿Por qué se han degenerado así? ¿Por qué fue la oración su recurso natural hace trescientos años, y ahora la desprecian? ¿No es por su falta de oración que se han ido a la deriva, abandonando la posición en que por largos años estuvieron anclados? Este es un gran pecado».

Segundo, al hablarle al pueblo, les dio una nueva interpretación de su historia pasada. Señaló las catástrofes sucesivas que el país había sufrido. Samuel, por supuesto, admitió las aflicciones del pueblo, pero aclaró que la causa no era la presencia ni la ausencia de la monarquía, sino la falta de rectitud de propósito y de devoción a Jehová.

En tercer lugar, le recordó al pueblo que Dios nunca había dejado de mandarles a los israelitas un guía cuando se necesitaba:

«Vean que sin falta y como respuesta a la oración, Dios les ha enviado los capitanes necesarios. ¿No podían haber confiado en Él ahora, como en el pasado, y en vez de pedir un rey con tanta urgencia, haber esperado a que Dios obrara por ustedes como antes?».

Por último, tal vez les dijo así: «Compatriotas, ustedes se han degenerado mucho; han faltado a la fe; han pedido un rey visible y se han olvidado del Señor invisible. Se han refugiado bajo la idea de una realeza nueva, viendo que Dios era su Rey, su Cabeza y el Capitán y Patrón de la nación. Debieron haber descansado sólo en Él».

Samuel tuvo un gran gesto de valentía, nobleza y justicia al mostrar al pueblo que se había apartado de la verdadera fortaleza de la fe para caer en el ateísmo práctico y la incredulidad.

Después de pasarle el mando a Saúl, quién seguiría como jefe y pastor del pueblo escogido, y después de tratar del fracaso y la degeneración de Israel, dijo además con inimitable dulzura: «Jehová no desampará a su pueblo, por su grande Nombre».

¡Guarda estas palabras en tu corazón, y déjalas que penetren en tu alma como una melodía!

El anciano profeta continuó: «Jehová ha querido haceros su pueblo».

Dios oculta sus razones. Ama porque quiere. Esta seguridad es para todos los hombres.

Sí, querido lector, Dios no te desampará. Él no te escogió por tu bondad ni tu belleza, y no te desampará porque no hayas hecho lo mejor que podías hacer. Él te ha hecho su hijo por adopción y gracia, no porque tuvieras en ti nada que lo atrajera especialmente, sino porque Él quiso. Le plugo a Dios hacernos sus hijos e hijas. Tal vez hayamos pecado contra Él y hayamos contristado su Santo Espíritu; tal vez nos hayamos contaminado con los inconversos con los cuales moramos; pero Dios no abandonará a su pueblo. Si así fuera, se podría decir que su amor no era infinito, que cesaba después que el pecado llegara hasta cierto punto, que no excedía los límites del pecado. También se podría impugnar su poder, pues los perdidos en el infierno podrían jactarse de que Él había tratado de hacer más de lo que podía realizar; que no había calculado bien el costo.

Habría también una imputación a su inmutabilidad. Se sabría por todo el universo que Él tomó un alma pecadora, la limpió y la vistió, la amó y la bendijo, y luego cambió de parecer. Al saberse que Dios puede ser inconstante, el palacio de la eternidad vacilaría, temblaría el trono de los Cielos y el firmamento poderoso se convertiría en un caos. Dios no deja la obra que ha comenzado en el corazón del hombre. Por eso podemos saber que somos salvos. ¡Amado lector, Dios no te dejará!

Como tampoco dejará a la Iglesia. ¿Por qué no podía Dios olvidar a Israel? Porque el pueblo escogido era el prototipo de lo que Él quería que llegara a

ser cada nación del mundo; por tanto, tenía que seguir edificando a Israel para que no se descontinuara el modelo; y tenía que obrar a través de Israel para poner a las otras naciones al mismo nivel con su pueblo. Si Dios hubiera abandonado a Israel, ¿cómo podría esperar la regeneración de todo el mundo?

Finalmente, Dios no puede olvidar este mundo, aunque hieda por su blasfemia, impureza, tiranía y pecado. Ha sido abonado con la sangre de su Hijo y de multitud de santos. Ha sido regado con las lágrimas de los espíritus más nobles que hayan existido. Está destinado a brillar con las estrellas del universo con impecable belleza. Será una muestra para todos de lo que Dios puede hacer con un mundo caído y una raza degenerada. Dios no puede abandonar nuestra Tierra. Algún día veremos su resplandor en la luz que brilló sobre el Paraíso, y a los hijos de los hombres caminando con las vestiduras blancas de la pureza, el amor y la verdad.

Capítulo 14: Orando sin cesar

En toda la carrera de Samuel no hay nada más hermoso que la escena final de su acto público como juez y guía de la nación hebrea. Naturalmente era difícil para él retirarse y darle paso a un régimen que no le gustaba, pues parecía que estaba apartando la gloria mayor de Israel de tener a Dios por Rey. Pero se sobrepuso a sus sentimientos personales e hizo todo lo que pudo para iniciar a la nación por el nuevo sendero que había escogido, seleccionando al rey con el mayor de los cuidados y facilitando la transición del antiguo orden al nuevo.

No podemos dejar el texto de la gran convocación, reunida delante del Señor en Gilgal para ratificar la elección de Saúl, sin observar las repetidas alusiones al poder de la oración de Samuel. Parece que toda su carrera estaba empapada del espíritu de súplica.

Cuando niño, con sus manos humildemente juntas, como lo muestra Sir Joshua Reynolds, pidió a Dios que le hablara, mientras su oído estaba listo y atento a captar aun sus susurros. En los Salmos se le menciona como principal entre los que invocan el Nombre de Dios, habiendo recibido respuesta (véase Sal. 99:6). Jeremías se refiere a la maravillosa fuerza de su oración intercesora cuando pedía por su pueblo (véase Jer. 15:1). Todo Israel conocía el largo y penetrante clamor del profeta del Señor. En los peligros, sus oraciones habían traído la liberación, Y en las batallas, sus oraciones habían asegurado la victoria (1 S. 7:8; 8:6). Había un «camino abierto» entre Dios y él, de modo que el pensamiento de Dios podía entrar en su corazón; y él lo reflejaba de nuevo con intenso y ardiente anhelo.

El corazón del hombre clama por ver la verificación del Señor. Si pudiéramos conocer el ideal divino, veríamos a Dios en los incidentes comunes y ordinarios de la providencia. Pero los ojos del alma están ennegrecidos, y el hombre no puede ver las huellas de los pasos divinos por el mundo cotidiano.

Por falta de capacidad para detectar la presencia de Dios en la vida silenciosa y común, el hombre pide fenómenos extraordinarios para probar que Dios ha hablado. Samuel sabía esto, y quizás deseaba alguna

corroboración divina de sus palabras. Había dejado sus prerrogativas y presentado a su sucesor. Había confrontado a su pueblo con sus pecados y anunciado las duras penas que causa la desobediencia; ahora deseaba que oyeran otra voz, afirmando sus palabras, y grabándolas en sus conciencias y corazones.

Concluyó su discurso y su persuasión con este anuncio: «Esperad aún ahora, y mirad esta gran cosa que Jehová hará delante de vuestros ojos. ¿No es ahora la siega del trigo? Yo clamaré a Jehová, y Él dará truenos y lluvias, para que conozcáis y veáis que es grande vuestra maldad que habéis hecho ante los ojos de Jehová, pidiendo para vosotros rey» (1 S. 12: 16 y 17).

Durante la cosecha del trigo, que dura desde mediados de mayo hasta mediados de junio, casi no se conoce la lluvia en Palestina, y la ocurrencia de una tormenta, llamada por el anciano profeta, era tan poco común que no se podría ver como otra cosa sino como la verificación divina de sus peticiones.

No podemos agradecer bastante el testimonio del Espíritu Santo, cuya voz es para el siervo fiel de Dios mucho más que lo que fue el trueno para Samuel. Esto fue lo que armó a los santos primitivos de potencia irresistible.

Quisiera preguntarles a mis consiervos en el Señor si se dan cuenta de que el Espíritu Santo está activo en la Iglesia hoy, que está listo para dar testimonio de toda palabra verdadera que se diga en el Nombre de Jesús, y que convence al mundo de pecado, de justicia y de juicio; para que la fe de nuestros oyentes se base no en la sabiduría humana, sino en el poder de Dios.

Esta es a menudo la deficiencia fatal de nuestra predicación. Hablamos con denuedo y fidelidad, pero no nos apoyamos bastante en el testimonio divino; no entendemos la comunión y compañerismo del Consolador, y nuestro auditorio no oye su voz haciendo vibrar sus espíritus como los truenos del mundo natural, con la convicción de que las cosas que hablamos son las verdades de Dios. Que el anhelo apasionado de nuestro corazón sea: «Padre, glorifica tu Nombre».

Y las voces vendrán como del Cielo diciendo: «Lo he glorificado y lo glorificaré otra vez».

Mientras que algunos presentes dirán: «Un trueno»; y otros, «un ángel le ha hablado» (véase Jn. 12: 28 y 29). Aterrorizados por los truenos y los torrentes de lluvia, el pueblo estaba deseoso de obtener la intercesión de Samuel a su favor: «Ruega por tus siervos a Jehová tu Dios -dijeron-, para que no muramos».

E hicieron hincapié en el posesivo «tu» para indicar que ya no se consideraban dignos de sus antiguos derechos como pueblo escogido. Conmovido con su pedido y confiado de que Jehová sólo deseaba corroborar su palabra, el anciano vidente calmó sus temores, y urgiéndolos a no apartarse hacia los vanos ídolos, que no aprovechan ni libran, les aseguró que el Señor no los desampararía, y terminó con las asombrosas palabras: «Lejos sea de mí que peque yo contra Jehová cesando de rogar por vosotros».

Samuel sabía que la oración era acción en el plano espiritual. Él ya no podía gastar sus energías en el servicio de su pueblo, como lo había hecho antes. Las limitaciones de su ancianidad y de la sustitución de su gobierno por el reino, le impedían hacer sus giras anuales como solía; pero podía trasladar toda esa energía a otro método de ayuda. Desde entonces las oraciones de los santos de Dios han sido equivalentes a batallones de soldados. Samuel consideraba la oración como un instinto divino. Para él acallar los deseos de orar que brotaban de su alma era pecado: «Lejos sea de mí -dijo- que peque yo contra Jehová cesando de rogar».

Debemos reconocer, sea lógico o no, que los hombres oran y quieren orar. Parece un instinto en todos nosotros la necesidad de orar. Impedir la manifestación de este instinto es violentar lo más noble de nuestra naturaleza, contristando al Espíritu Santo de Dios y pecando contra el orden divino. La oración es la respuesta del alma a Dios, la ola que regresa a las playas del mar divino, las lluvias de bendición celestial que regresan al Cielo convertidas en vapor de adoración. Samuel consideraba la oración como dada en custodia. Ya no podía actuar como juez, pero sentía que los intereses de la nación habían sido puestos en sus manos para fines más elevados, y sería traición dejar de conservarlos y aumentarlos, al menos mediante sus intercesiones. De hecho, el fracaso de Saúl al no realizar los ideales divinos sólo produjo en Samuel las peticiones más intensas a Dios para salvar tanto al rey como al pueblo.

Capítulo 15:

La caída de Saúl

Este capítulo es la historia de una gran tragedia. Contiene la historia del incidente que reveló la ineptitud de Saúl para ser el fundador de un linaje real.

Estudiemos esta historia porque tiene que ver mucho con la historia del pueblo de Dios y porque está llena de instrucciones para nosotros. Al pasar de Saúl a David, Samuel dijo: «Jehová se ha buscado un varón conforme a su corazón».

Por lo tanto queda claro que había dejado de ser «un varón conforme al propio corazón de Dios», y nos conviene conocer las razones para poder evitar los escollos en los cuales se rompió y naufragó aquel magnífico barco. Se puede ver que el capítulo que contiene la historia de esta tragedia contiene también la historia de la terrible angustia a la cual había sometido al pueblo escogido otra invasión de los filisteos.

Se nos dice, por ejemplo, que el pueblo de Israel estaba en una situación difícil, que estaban en aprieto, y que se escondieron en cuevas, peñascos y fosos. En realidad, algunos cruzaron el Jordán y abandonaron al pueblo en su hora de angustia; los que todavía estaban vinculados con Saúl y Jonatán, como el núcleo del ejército real, los seguían temblando (1 S. 13:7). Un espíritu de temor había poseído a todo el pueblo; el antiguo espíritu nacional se había deteriorado; parecía que ya no se les podría volver a inducir a hacer frente a los filisteos, pues eran como un rebaño de ovejas ante una manada de lobos.

No había herreros en toda la tierra de Israel, y los hebreos tenían que llevar sus herramientas agrícolas a los herreros de los filisteos para que se las afilaran. Nunca antes en la historia del pueblo escogido hubo peor calamidad, ni más absoluta falta de esperanza y desesperación, que la que reinó junto a Saúl y por todo el país en esta hora.

Entretanto parece que Saúl había retirado sus tropas, tal como estaban, de Micmas, y había tomado posición en el sitio antiguo de Gilgal, donde se practicó la circuncisión después que Israel cruzó el Jordán bajo las órdenes

de Josué. Allí en el valle, y expuesto, por lo tanto, al asalto de los filisteos en cualquier momento, parece que Saúl levantó el campamento; en tanto que su heroico hijo, Jonatán, mantuvo un punto de observación en la vecindad del ejército de los filisteos.

Mientras Saúl estaba con sus soldados en Gilgal, su ejército se mermaba cada día. Unos huían, otros cruzaban el Jordán como desertores, o se escondían en algún hueco o rincón de las colinas.

Cabe preguntar por qué en tal ocasión Saúl no hizo un esfuerzo desesperado contra los filisteos. ¿Por qué esperó allí día tras día, mientras se evaporaba su ejército delante de sus ojos? Aquí hay algo extraño. Para entenderlo debemos volver atrás, a la entrevista aquella madrugada en que Samuel designó a Saúl para la corona; esto es, le dijo que la crisis de su vida le sobrevendría en Gilgal, profecía cuyo cumplimiento llegaba ahora: «Luego bajarás delante de mí a Gilgal; entonces descenderé yo a ti para ofrecer holocaustos y sacrificar ofrendas de paz. Espera siete días, hasta que yo venga a ti y te enseñe lo que has de hacer» (1 S. 10:8).

Este mandamiento, dado tres años antes a Saúl, cuando estaba en la senda de sus grandes oportunidades, comprendía dos cosas, y cada una constituía una prueba suprema.

Primera, si estaba preparado para actuar o no. No como un monarca absoluto que determina sus propias normas, sino como el siervo de Dios, recibiendo las órdenes de marcha de su vida de los labios del profeta; no actuando como un autócrata, sino como uno en quien se ha delegado la autoridad divina.

Segunda, si él podía controlar su impetuosidad, dominar sus impulsos, y mantenerse como señor de sí mismo. Este confinamiento que Samuel le había puesto fue lo que lo hacía esperar día tras día. ¿No te imaginas como vendrían sus consejeros y guerreros a pedirle que hiciera algo? Pero él seguía esperando: «Y él esperó siete días, conforme al plazo que Samuel había dicho; pero Samuel no venía a Gilgal, y el pueblo se le desertaba» (1 S. 13:8). Parece entonces que poco después de vencerse el plazo asignado no pudo esperar más. Pensó que a Samuel se le había olvidado la cita, o que tal vez había sido interceptado al pasar por las líneas filisteas. Él había esperado hasta una media hora (porque para ofrecer un holocausto y una ofrenda de paz no se necesitaba mucho tiempo), y echó a perder todo por su incapacidad para esperar; y le dijo al sacerdote, que todavía estaba allí junto

al sitio antiguo donde se había adorado al Señor y se había levantado el tabernáculo: «Traedme holocausto y ofrendas de paz» (vs. 9). «Y cuando él acababa de ofrecer el holocausto, he aquí Samuel que venía; y Saúl salió a recibirle, para saludarle».

La persona según el corazón de Dios es la que le obedece al pie de la letra, que lo espera hasta el último momento, que espera hasta que Dios lo deja en libertad.

Nos cansamos de esperar porque parece que Dios se tarda. Los procesos divinos cubren una órbita demasiado extensa. Un día para Él es como mil años, pero vendrá, así como la mañana, como la primavera, como el milenio: «Como el alba está dispuesta su salida, y vendrá a nosotros como la lluvia, como la lluvia tardía y temprana a la tierra» (Os. 6:3).

He aquí, ahora, la excusa engañosa de Saúl: «Me dije: Ahora descenderán los filisteos contra mí a Gilgal, y yo no he implorado el favor de Jehová. Me esforcé, pues, y ofrecí holocausto» (1 S. 13:12).

Eso fue falta de sinceridad. Le echó la culpa a las circunstancias; es como si hubiera dicho: «Las circunstancias de mi suerte me obligaron; no quería hacerlo; me contuve, pero no pude evitarlo; ya venían los filisteos».

Oh, alma humana, tú eres más grande que las circunstancias, las cosas y la multitud de malos consejeros. Tú debes ser el rey coronado y entronizado de Dios. Levántate a obedecer, no sea que se diga también de ti que tu reino no puede continuar.

En respuesta a todo esto, Samuel, hablando en el Nombre de Dios, dijo: «Jehová se ha buscado un varón conforme a su corazón».

Es decir, que haría su voluntad. Acaso en la casa de Isaí estaba siendo preparado el joven que podría creer y que no se apresuraría...

Capítulo 16: Dos hombres frente a diez mil

Sólo dos jóvenes, con el resplandor del patriotismo en sus corazones y la confianza en Dios como su estrella guía: ¡Qué no podrán lograr!

Jonatán era un verdadero caballero de Dios; ciertamente, mostraba ya algunas de las características de la caballería cristiana. Casi podemos decir que él fue el Bayardo hebreo, soldado sin temor y sin reproche. Fue puro, veraz, enderezó lo torcido. Fue fiel a los elevados reclamos del amor humano y siguió a Cristo, aunque todavía no lo conocía. Su personalidad es un fondo brillante sobre el cual su padre ofrece un triste contraste.

Desde las orillas del Jordán, un hermoso valle de dieciocho kilómetros de longitud conduce a las colinas de la Palestina central. A tres kilómetros de la entrada de este paso estrecho y a unos doce kilómetros al norte de Jerusalén, los precipicios a ambos lados se vuelven muy empinados y se acercan casi hasta tocarse.

Un peñasco se llamaba Boses, o «brillante», porque refleja todo el día la luz del sol oriental; el del sur, a unos metros, era conocido como Sene, «la acacia», y estaba siempre en la sombra. Micmas coronaba el primero, y allí estaban acampados los filisteos; mientras que la aldehuela de Gabaa estaba sobre el último, y allí había movido su ejército Saúl, o lo que quedaba de él, retirándose de las llanuras del Jordán para vigilar los movimientos de las fuerzas hostiles.

No sabemos cuánto tiempo estuvieron observándose los dos ejércitos, ni lo que hubiera sido el resultado de no ser por el acto de heroísmo que vamos a comentar. Jonatán entró en el propósito divino; se enfadó por la inercia y la desgracia que esa situación producía en sus compatriotas. Lo animaba solamente una profunda fe en Dios, y fue impulsado por el Espíritu Santo a un acto que resultó en la gloriosa victoria y liberación de todos.

Saúl, al contrario, no podía percibir estas cosas. Desanimado por la escena diaria, se sentía incapaz de apropiarse la promesa de liberación divina. La sentencia de deposición que Samuel había pronunciado parecía desesperarlo. Felices los que, como Jonatán, se levantan por encima de la depresión del

momento y ajustan su debilidad a la marcha de Dios, pues Él sale siempre para establecer la justicia y el juicio en la Tierra, que ha sido redimida por la sangre preciosa de Cristo.

Dios siempre busca almas creyentes que reciban su poder y su gracia y las transmitan a otros. Bienaventurados los que no son insensibles a los impulsos divinos, ni desobedientes a la visión celestial. Jonatán era una de esas personas que son tan sensibles a Dios como la retina del ojo a la luz, o el músculo saludable al nervio: «...dijo pues Jonatán a su paje de armas: Ven, pasemos a la guarnición de estos incircuncisos». Los dos se deslizaron en silencio al amanecer entre sus camaradas que todavía estaban dominados por el sueño. Los propósitos divinos llenaban de emoción el espíritu del joven príncipe, de lo que dio indicios en estas palabras: «Quizás haga algo Jehová por nosotros, pues no es difícil para Jehová salvar con muchos o con pocos».

Obsérvese el énfasis de Jonatán. Tenía una fe muy pequeña en sí mismo, y una gran fe en Dios. Todo lo que quería era ser el humilde vehículo de la manifestación de la gracia liberadora de Dios. Esto es lo que Dios quiere: no nuestra fortaleza, sino nuestra debilidad, que en la desesperación absoluta se vuelva a Él; no nuestros ejércitos, sino dos o tres almas fieles y selectas que esperen grandes cosas de Dios y se atrevan a reclamarlas.

Saúl, el rey escogido, no tenía ni tal visión, ni tal fe. No era sensible a la voz divina que hablaba en su espíritu, sino que tenía que depender de la mediación del sacerdote; él hablaba y actuaba como si la victoria dependiera totalmente de los esfuerzos que él y sus hombres pudieran hacer; y al prohibir el uso de refrigerios tan sencillos como la miel silvestre, impidió el logro de la mediación de Dios. Todo el día, y especialmente en esta orden sin sentido, que trataba de ahorrar tiempo pero que en realidad estorbó el éxito, Saúl se mostró ignorante de la idea única que animaba el corazón de su noble hijo: que Dios estaba obrando a través de instrumentos humanos para infligir su propio juicio a las huestes invasoras.

Jonatán confió en Dios, y Dios no le faltó. Al ascender por la empinada cuesta, los jóvenes se pusieron de acuerdo acerca de la señal que indicaría que estaban obrando según la voluntad divina, y que Dios no les haría quedar mal. Esta señal fueron las voces burlonas de las avanzadas filisteas, que se reían de la idea de que se debía temer a los hebreos, aunque pudieran escalar el peñasco.

Dijeron: «He aquí los hebreos, que salen de las cavernas donde se habían escondido. Y los hombres de la guarnición respondieron a Jonatán, y a su paje de armas, y dijeron: Subid a nosotros, y os haremos saber una cosa» (1 S. 14: 11 y 12).

Esta era la señal divina y conllevaba la promesa de que el Señor ya los había entregado en las manos de Israel (véase vs. 10).

El alma que cuenta con Dios no queda avergonzada. Cuando los dos benjaminitas llegaron a la cima usaron sus hondas con tal precisión que veinte hombres cayeron muertos. Esto hizo que un pánico enviado por Dios se transmitiera desde ellos hasta el resto del ejército y a las bandas de merodeadores que regresaban de sus incursiones nocturnas. Los filisteos no podían saber que los dos que los afrontaban estaban completamente solos. Parecía que fueran precursores de una multitud de hombres resueltos y desesperados y, de repente, por el pánico, cada uno de ellos sospechó de su vecino y pensó que estaba aliado contra él: «La espada de cada uno estaba vuelta contra su compañero, y había gran confusión».

Mientras tanto, los hebreos que se habían aliado con los filisteos, o que aceptaban su dominio en silencio, también se pusieron en contra; y los que se habían escondido en las colinas de Efraín, cuando oyeron que los filisteos huían, corrieron tras ellos y les presentaron combate.

Desde su vigía en Gabaa, Saúl observaba la terrible confusión y cómo la multitud iba y venía y se desintegraba. Sin demora, se abalanzó con los soldados sobre el enemigo que huía hacia la frontera filistea junto al valle de Ajalón. Todas las aldeas por donde pasaban los filisteos en su huida se unían a la persecución, de modo que el ejército fugitivo quedó muy reducido, y millares de guerreros enemigos tiñeron de sangre los caminos de la región que tanto había oprimido. Así fue como Dios libró a su pueblo como respuesta a la fe de Jonatán.

La prohibición necia del rey en cuanto a la comida tuvo una consecuencia terrible; primero, en el cansancio de las tropas y, segundo en el comer hambrientos del botín del día sin separar debidamente la sangre. Aun peor fue que, al anochecer, cuando Saúl buscó el consejo de Dios, el Oráculo divino no respondió. El pecado lo había hecho callar, y el rey se dio cuenta de que había que descubrir y expiar ese pecado. No buscó el pecado en su propio corazón, donde seguramente lo habría encontrado, sino en la gente

que lo rodeaba. Por último, él y Jonatán quedaron ante el pueblo como objetos del disgusto divino, y Saúl, en su ira, estuvo dispuesto aun a sacrificar a su propio hijo.

Pero la gente intercedió por Jonatán. Clamaron indignados: «¿Ha de morir Jonatán, el que ha hecho esta grande salvación en Israel? (...) No será así (...) Vive Jehová, que no ha de caer un cabello de su cabeza en tierra, pues que ha actuado hoy con Dios» (1 S. 19:4-6).

No solamente había perdido Saúl la gran oportunidad de su vida sino que se estaba hundiendo en la incredulidad, los celos y la displicencia de temperamento que eclipsarían prematuramente el sol de su carrera.

Capítulo 17:

El fracaso

Es imposible volver las páginas de la historia de Saúl sin lamentar el hecho de que la brillante promesa de su juventud se hubiera disipado tan pronto. Aquel que se irguió en el albor de su vida entre la aclamación de su pueblo como quien parecía que haría una obra maravillosa se convertiría en uno de esos a quienes los escritores sagrados describen como los que fracasan en los elevados propósitos de su vida.

Después que hubieron pasado varios años desde el incidente narrado en el capítulo anterior, a Saúl se le dio el siguiente mandamiento: «Ve, pues, y hiere a Amalec, y destruye todo lo que tiene, y no te apiades de él; mata a hombres, mujeres, niños, y aun los de pecho, vacas, ovejas, camellos y asnos» (1 S. 15:3).

Durante estos años Saúl había recibido mucho ánimo. El grupo de hombres cobardes que una vez lo seguían se había convertido en un gran ejército, disciplinado y armado debidamente, y dirigido por su primo Abner. También había hecho la guerra con mucho éxito contra Moab y los hijos de Amón en el oriente, Edom en el sur y contra los reyes de Soba en el norte. Es evidente que se había rodeado de gente importante, pues vemos que la mesa real estaba reservada para él, Abner y Jonatán; que lo rodeaba una guardia de corredores y que su voluntad era ley. El reino que había comenzado en medio de circunstancias adversas ya inspiraba respeto. Como suele suceder en tiempos de prosperidad, fue entonces cuando le vino la prueba suprema.

Esta prueba era su última oportunidad de recuperarse del pasado. El mandato divino comprendía el exterminio total de los amalecitas. La misma orden había aparecido con frecuencia en el libro de Josué para sentenciar la destrucción de las ciudades infestadas de pecado de los cananeos. Con tal devastación se procuraba borrar para siempre el nombre de Amalec. Parece terrible que Dios le exigiera a Saúl este acto de obediencia; pero los amalecitas eran pecadores abominables; eran una tribu de ladrones rapaces y crueles, que hacían frecuentes asaltos a la frontera meridional de Judá. Se hacía necesario, pues, para la seguridad del pueblo escogido, que se terminara para siempre con su poder de destrucción y matanza.

Los amalecitas habían comparecido ante el tribunal de Dios, y habían sido juzgados y hallados culpables. Se había dictado la sentencia, y se había encargado a Saúl de aplicarla. Pero la obediencia de Saúl fue con reservas. La historia se condensa en el versículo nueve: «Saúl y el pueblo perdonaron a Agag».

Cuando Saúl levantó su estandarte, doscientos mil hombres, de a pie de Israel, y diez mil de Judá, Benjamín, y Simeón, lo rodearon en Telaim, en la frontera del sur; y vinieron a la ciudad principal de los amalecitas, que probablemente estaba un poco al sur de Hebrón. Después de estar emboscados en el lecho de algún río seco o arroyado, y de haber dado aviso a los ceneos -pueblo pacífico y amistoso- para que se fueran, el ejército atacante tomó la ciudad por asalto y mató a espada a los hombres, mujeres y niños. Persiguieron al resto de los amalecitas que huían desde Havila hasta Shur, la gran pared de Egipto, y con excepción de Agag y unos pocos que tal vez escaparon, y los animales mejores de los rebaños, se exterminó a todos los habitantes del país, que quedó en un silencio mortal.

Saúl regresó, embriagado con el triunfo, y levantó un monumento en Carmel en conmemoración de la victoria, cerca de Hebrón; luego bajó al sitio sagrado de Gilgal para ofrecer sacrificios al Señor y, tal vez, para dividir el gran botín de ovejas y cabras, de bueyes y camellos, que había caído en sus manos, y que él y su gente no habían querido destruir. No se sabe si la excepción se debió a ambición, en cuanto a Saúl, lo cual parece muy posible, o, como dice en el versículo 24, a que temía ponerse en contra del pueblo y obedeció a su voz antes que a la voz de Dios, pero la expresión asombrosa que usa Samuel en el versículo 19 arroja bastante luz sobre este incidente: «Vuelto al botín»; la misma expresión se emplea en 14:32, donde dice que el pueblo, con terrible hambre, se lanzó sobre el botín, y comió aun la sangre. Parece que tanto Saúl como los hombres de Israel se caracterizaban por la misma vehemencia apasionada. Es seguro que la rapacidad y la ambición estaban obrando, y en sus corrientes fueron arrastrados todos los baluartes de los principios morales y de conciencia.

Hay una gran lección aquí para todos nosotros. Estamos dispuestos a obedecer los mandamientos divinos hasta cierto punto, y allí paramos. Tan pronto como aparece «lo mejor», trazamos una línea de separación y ya no queremos obedecer más. Muchos tenemos la tendencia a negociar con Dios, y sacrificar todo a su voluntad, si tan sólo nos deja reservar a «Agag» y lo mejor del botín.

Podemos también dar una interpretación aun más profunda a esta historia. En toda la Biblia Amalec representa la carne; había descendido de Esaú, quien por un bocado de comida, deliciosamente deseable, vendió su derecho de primogenitura. Para nosotros Agag debe representar la inclinación al mal que existe en todos nosotros, a la complacencia en los placeres del mundo; y si nos apiadamos de Agag, entonces también de nosotros, para exonerar y excusar nuestras faltas y para condonar el pecado habitual. Acaso fue por eso que Ananías y Safira, por haber reservado para sí parte del precio, fueron eliminados.

Es impresionante saber que Saúl pereció en el campo de Gilboa a manos de un amalecita (2 S. 1:1-10). ¡Qué hecho tan extraordinario! La aplicación de la lección la puede ver cualquiera. Si nos perdonamos, y no quitamos de nosotros aquello que nos hace pecar, ciertamente pereceremos a causa de lo que no queremos dejar. El amor de Dios, previendo el riesgo en que incurrimos, intercede delante de nosotros para que destruyamos sin piedad a los enemigos de nuestra propia paz. Pero «Agag» se nos acerca dulcemente y dejamos de aplicar la sentencia divina, y luego caemos mortalmente heridos a manos del asesino, y nuestra corona se le da a otro...

Capítulo 18:

Un diálogo formidable

Al oído de Samuel llegó la noticia de la desobediencia de Saúl, durante la noche, cuando Dios se le acercó y le dijo: «Me pesa haber puesto por rey a Saúl, porque se ha vuelto de en pos de Mí, y no ha cumplido mis palabras» (1 S. 15:11).

El alma fiel de Samuel se conmovió profundamente. Samuel se «apesadumbró» con justa indignación por uno que habiendo sido nombrado con tan solemnes señales, y que había comenzado tan bien para lograr la gloriosa liberación de su pueblo, había errado el blanco tan gravemente. Samuel «clamó a Jehová toda aquella noche». Luego viajó unos 23 kilómetros para encontrar a Saúl, siguiéndolo desde Carmel, donde, como vimos, Saúl levantó un monumento, hasta Gilgal, el sitio del antiguo tabernáculo donde, como nos dice una de las versiones, el rey se dedicó a ofrecer sacrificios a Jehová. Y allí tuvo ocasión este famoso diálogo.

El diálogo lo comenzó el rey, quien, viendo venir a Samuel hacia él, salió a recibirlo con una frase lisonjera en sus labios: «Bendito seas tú de Jehová». Y con gran complacencia en su semblante añadió: «Yo he cumplido la palabra de Jehová».

No sabemos si Saúl estaba engeguecido y no sabía cuánto se había desmoralizado, o si quería encubrir su fracaso y parecer como un hijo verdaderamente obediente como para engañar al profeta; pero ese «bendito seas tú de Jehová», salido de sus labios y en tal momento, tiene un sonido muy feo.

En ese momento las ovejas comenzaron a balar y las vacas a bramar. Al oído del profeta llegó el viento trayendo una señal inconfundible de la presencia cercana de una gran multitud de ganado.

Es algo muy triste que, precisamente cuando un hombre esté afirmando su bondad en voz alta, el balido de las ovejas lo desmienta. Con triste ironía el profeta dijo: «¿Pues qué balido de ovejas y bramido de vacas es este que yo oigo con mis oídos?».

El rey se excusó echándole la culpa a otros: «De Amalec los han traído; porque el pueblo perdonó lo mejor de las ovejas y de las vacas, para sacrificarlas a Jehová tu Dios».

Obsérvese el esfuerzo sutil por conciliar al profeta poniendo el énfasis en otros: el pueblo. «...pero lo demás lo destruimos». Fue innoble, bajo, e impropio de la realeza el echarle la culpa al pueblo, y era una excusa inadmisibles.

El rey descarriado hubiera tal vez seguido hablando, pero Samuel lo interrumpió, diciendo: «Déjame declararte lo que Jehová me ha dicho esta noche».

Entonces el profeta anciano y fiel volvió a recordar el pasado. Le recordó a Saúl su origen insignificante, y cómo él había dejado de cumplir con la responsabilidad tan grande de la posición a la cual lo había llamado Dios. Le trajo a la memoria su levantamiento al trono y la manera como el Rey todopoderoso de Israel le había delegado su autoridad, demandando que él actuara como su virrey designado. También le recordó que se le había dado una orden clara, y que la responsabilidad de determinar su método de acción había sido transferida de él, como el agente, al Ser divino, quien había emitido su mandato de destrucción. A pesar de todo eso, Saúl dejó que su ambición lo hiciera cometer un acto de desobediencia.

El rey reiteró su pobre excusa: «Antes bien he obedecido la voz de Jehová, y fui a la misión que Jehová me envió, y he traído a Agag rey de Amalec, y he destruido a los amalecitas. Mas el pueblo tomó del botín ovejas y vacas, las primicias del anatema, para ofrecer sacrificios a Jehová tu Dios en Gilgal».

Fue como si hubiera dicho: «Tú me has juzgado mal. Si esperas un poquito, verías el resultado de mi acto de aparente desobediencia». Tal vez se había persuadido a sí mismo con la idea de que él tenía la intención de sacrificar este botín ahora que había llegado a Gilgal; o había decidido allí y entonces sacrificarlo, y aliviarse así de la complicada posición en que se encontraba.

Como respuesta a esta última afirmación, el mensajero de Dios expresó una de las declaraciones más grandes de los primeros libros de la Biblia, afirmación que es como el germen de la semilla de propósitos similares en los profetas:

«¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros» (vs. 22).

Luego, echando el velo hacia un lado, Samuel mostró la enormidad del pecado cometido, diciendo: «Como pecado de adivinación es la rebelión, y como ídolos e idolatría la obstinación».

Estos pecados eran reprobados por todos y eran despreciados por los hombres buenos; pero, a los ojos de Dios, no había nada comparable con el pecado cometido por el rey. Entonces, encarando al monarca, y penetrándolo con una mirada profunda, el profeta, en la majestad de su autoridad como representante de Dios, pronunció la sentencia de deposición final: «Por cuanto tú desechaste la palabra de Jehová, Él también te ha desechado para que no seas rey». Por un momento el rey vio que estaba de pie al borde del precipicio; y con un grito no de penitente, sino de fugitivo de la justicia, se asió de Samuel postrándose delante de él y diciendo: «Yo he pecado; pues he quebrantado el mandamiento de Jehová y tus palabras, porque temí al pueblo y consentí a la voz de ellos. Perdona, pues, ahora mi pecado, y vuelve conmigo para que adore a Jehová».

Hay mucha diferencia en el tono de la voz con que los hombres expresan las palabras: «Yo he pecado». El hijo pródigo las dijo con la voz entrecortada, no porque temiera las consecuencias del pecado, sino porque vio su vileza en el rostro de su padre y las lágrimas que inundaban sus amados ojos. En cambio Saúl temía las consecuencias antes que el pecado; y para tratar de cambiar la sentencia dijo, como si Samuel tuviera el poder de las llaves para abrir y desatar, para perdonar o rehusar el perdón: «Perdona, pues, ahora mi pecado».

Samuel vio a través del subterfugio. Sabía que la penitencia de Saúl no era genuina, sino que el rey estaba tratando de engañarlo con sus palabras, y se dio la vuelta para irse. Entonces Saúl, en su angustia extrema, con temor de perder en él a su mejor amigo y el respeto de la nación, se adelantó y se asió de la punta de su manto, y al hacerlo con mucha fuerza, como para detener y devolver hacia él al profeta, el manto se rasgó. Cuando Samuel sintió y oyó que el manto se rasgaba, dijo: «Jehová ha rasgado hoy de ti el reino de Israel, y lo ha dado a un prójimo tuyo mejor que tú».

Y entonces le dijo a Saúl que recordara que «la gloria de Israel no mentirá, ni se arrepentirá», pues su sentencia es irrevocable. La palabra había salido de sus labios y no se podría recuperar. Ya no podía cambiar de idea, aunque Saúl implorará con lágrimas amargas.

El rey repitió: «Yo he pecado».

Pero su verdadero significado se reveló en las palabras siguientes: «Pero te ruego que me honres delante de los ancianos de mi pueblo y delante de Israel, y vuelvas conmigo para que adore a Jehová tu Dios».

Todavía lo que lo movía era quedar bien con el pueblo, y estaba listo a hacer cualquier confesión de pecado para ganar la aparente amistad de Samuel.

Al fin Samuel se quedó para que los ancianos no se desencantaran de su rey, y para que el pueblo en general no supiera acerca de la deposición de Saúl, no fuera que el reino mismo se acabara antes de que el sucesor estuviera preparado para tomar su lugar. Los dos se arrodillaron uno al lado del otro delante de Dios; pero ¡qué contraste!, a un lado, la noche oscura, al otro, el brillo del día; aquí el rechazado, allí el siervo fiel escogido.

Por último el anciano llamó a Agag, el rey de los amalecitas, a su presencia, y éste vino alegremente, esperando, sin lugar a dudas, que se le perdonaría la vida, y diciendo al avanzar: «Ciertamente ya pasó la amargura de la muerte».

Creyó que no había razón para temer la muerte. Entonces Samuel, fortalecido con inusitado paroxismo de justa indignación, tomó una espada que estaba a su alcance, y corto a Agag en pedazos delante del Señor: una señal del santo celo que no le da indulgencia a la carne; lo cual nos hace recordar las palabras del apóstol Pablo: «No proveáis para los deseos de la carne» (Ro. 13:14). O lo que es lo mismo, no le demos tregua a «Amalec».

Roguemos que Dios nos ayude a meditar profundamente en esta historia trágica. Siempre que el Dios Padre nuestro nos ponga frente a una prueba suprema en nuestras vidas, obedezcámosle a cualquier precio. Andemos discreta y sabiamente, aprovechando todas las oportunidades, para que Dios saque el mayor provecho de nosotros y para que, por encima de todo, no seamos rechazados.

Capítulo 19: Un espíritu malo de parte de Dios

Samuel clamó al Señor por Saúl, para ver si tal vez Él podría suspender las consecuencias terribles e inminentes de su pecado. Pero se le hizo saber que la oración no haría que Dios cambiara su decisión. La comisión del presente no era orar, sino actuar. El Espíritu de Dios urgió a Samuel a ir a Belén a descubrir entre los hijos de Isaí al rey y a ungirlo. Samuel se asustó por lo que se le pedía que hiciera, y apuntó que si Saúl oía acerca de eso, se vengaría de inmediato haciéndolo matar. Pero el Espíritu de Dios insistió en que fuera y llevara consigo el cuerno de aceite y una becerra.

Así atravesó Samuel las colinas de Judea hasta llegar a la aldea de Belén, que quedaba en la pendiente, a cuyo pie, no mucho antes, Booz había cortejado a Rut. El halo de la historia inmortal de su amor estaba todavía tan fresco como el rocío. Cuando Samuel entró a la aldehuela, los ancianos quedaron consternados; les pareció muy extraño que el gran profeta de Dios los visitara sin anunciarse de antemano. Le preguntaron si había venido en paz. Quizás respondió lacónicamente: «Shalom -Paz».

Enseguida se preparó una fiesta sacrificial y se ofreció la víctima; pero como pasaba algún tiempo entre el sacrificio y la preparación de la comida, Samuel se retiró para ir a la casa del jefe de la aldea, Isaí de Belén, y fue así como en la intimidad de su hogar comenzó la carrera de David como rey.

Los vigorosos hijos de Isaí desfilaron delante del profeta, y al apreciar su estatura y masculinidad pensaba que cualquiera de ellos podría ser el escogido de Dios para monarca. Pero su Consejero todopoderoso le dijo que la apariencia externa no podía inclinar esta vez el platillo de la balanza de la decisión; su selección sería guiada solamente por las cualidades reales del corazón. Y así pasaron todos los hijos menos el que estaba cuidando las ovejas. Samuel creyó que posiblemente, como era el menor y el más joven, podría ser el rey aceptable para Dios, y no pudo proseguir las sagradas funciones hasta que llamaron al joven. Entonces llamaron a David, quien descendió aprisa de la montaña, mientras se encendía el color rojo de sus mejillas.

Con el cabello agitado por el viento y los hermosos ojos azules destellando pureza y verdad, se presentó delante del anciano. Era como el alba de una nueva época, el comienzo de un tiempo mejor, la piedra angular de la monarquía hebrea; pero, por encima de todo, era el hombre a quien Dios amaba. Ante la mirada de sus hermanos, el anciano profeta tomó el cuerno de aceite, lo abrió, y vertió el óleo sobre los bucles dorados del joven, empapándolos con la santa unción, mientras el muchacho permanecía inclinado. Al ungirlo, parece que el Dios todopoderoso acompañó la señal externa y su sello con la gracia interna, pues se nos dice que el Espíritu de Dios vino desde entonces sobre aquella joven vida, para bañarla, penetrarla y llenarla, de modo que saliera en él poder del Espíritu Santo para afrontar su obra el resto de su vida, y se convirtiera en el dulce cantor de Israel, el pastor del pueblo de Dios y el inaugurador del templo de Salomón.

En David y Saúl vemos la diferencia entre la juventud y la madurez que ya declina; entre la buena promesa y el atardecer encapotado de una vida en bancarrota.

Se dice que «un espíritu malo de parte de Jehová» atormentaba a Saúl. Para una interpretación correcta debemos saber que, en el habla fuerte y tersa de los hebreos, algunas veces se dice que el Todopoderoso hace lo que en realidad permite que se haga. Y esa es la interpretación correcta aquí. Pero eso, cuando leemos que un espíritu malo «de parte de Jehová» atormentaba a Saúl, debemos asumir que, como Saúl había rechazado la influencia buena y misericordiosa del Espíritu Santo y había tomado la senda de la desobediencia, ya sólo quedaba dejarlo a los caprichos de su mal corazón.

Los gabaonitas no eran de los hijos de Israel sino del residuo de los amorreos. Los hijos de Israel se habían obligado con ellos bajo juramento, y Saúl procuró matarlos en su celo hacia los hijos de Israel y de Judá. Saúl había quedado resentido por las palabras de Samuel, amargado por la sentencia de deposición, y su alma estaba inclinada a neutralizar, si fuera posible, el veredicto divino, para continuar en el favor de Dios. Era verdad, y Saúl lo sabía, que había dejado de obedecer un mandamiento claro; había guardado para sí lo mejor del botín, pero ¿no podría al mostrar un celo excesivo en otros aspectos ganar otra vez su herencia perdida? ¿Por qué no resucitar algún mandamiento antiguo y darle completa obediencia?

Había dos mandamientos tales que se le ocurrieron. Uno era que cuando los hijos de Israel entraran en la tierra prometida, tendrían que destruir a toda la gente de ese país. Sin embargo, los gabaonitas lograron la excepción, pues hicieron un convenio con Josué, y éste les juró (véase Jos. 9). Pero en su falso celo parece que Saúl había atacado sin misericordia a esta gente pacífica; y, a pesar del convenio antiguo que obligaba a Israel a respetar su vida y libertad, los exterminó, acto que trajo justa retribución sobre su familia años más tarde pues, para compensar su maldad, los hijos de Rizpa y sus cinco nietos fueron colgados de un árbol y dejados allí hasta que la lluvia los pudrió (véase 2 S. 21:8-10).

En segundo lugar, había en los estatutos una ley drástica contra los magos y las brujas que mandaba que se los exterminara de la tierra (véase Éx. 22:18). Entonces Saúl les cargó la mano. En su corazón todavía creía en ellos, pues hacia el fin de su vida buscó la ayuda de una pitonisa. Pero, para demostrar su celo por Dios, y para tratar de conseguir la revocación de la sentencia, comenzó a exterminarlos.

Con todo, los apresurados edictos del rey no lograron ocultar lo podrido de su corazón. Las propiedades reales aumentaron mucho; de vez en cuando usaba un hermoso turbante como los otros reyes, el cual fue traído del campo de Gilboa a David. El lujo aumentó en gran manera en su corte, pues vistió a las hijas de Israel con escarlata y oro (véase 2 S. 1:24). Los nombres de sus hijos, parte del nombre de Baal, y parte de Jehová, manifiestan una mezcla sutil de la adoración de Baal con el reconocimiento de Jehová. Para imitar a sus vecinos tomó concubinas. Aunque mostrara ese arranque de celo por Dios, su propio corazón se empeoraba y se iba llenando de maldad.

Quitemos la mirada de Saúl, por un momento, para ponerla en nuestros propios corazones. Nosotros también hemos sido desobedientes, hemos faltado a Dios, hemos dejado de cumplir sus mandamientos; pero todavía hay perdón en la sangre que vierte de sus heridas y en el amante corazón de Cristo. ¡Busquemos ese perdón! Pidámosle a Jesucristo que borre nuestro pasado. ¡Qué el Espíritu Santo encienda en el altar de nuestros corazones un celo santo por la voluntad de Dios que no se extinga jamás!

Capítulo 20: El pecado da a luz la muerte

Nunca ha habido una ilustración mejor de las palabras con que el apóstol Santiago describe la genealogía del pecado y su terrible descendencia que la que da la biografía de Saúl. Luego de decirnos que él había comenzado a ceder al espíritu del mal, el historiador se apresura a relatarnos las etapas sucesivas de cómo las primeras indicaciones de desobediencia se convirtieron en pasión desenfrenada que hizo que el monarca quebrantara continuamente las leyes divinas.

Ocurrió así... Cuando Saúl estaba aún picado por la sentencia de deposición de Samuel, David se cruzó en su camino por vez primera. Se dan dos relatos de la presentación del pastor joven al monarca depravado y abandonado por Dios; pero no se contradicen. Una narración cuenta la entrada de David al palacio como trovador; la otra su heroísmo en la guerra, que lo hizo indispensable en la corte.

Los ataques de depresión y melancolía de Saúl se fueron haciendo más frecuentes y graves; y al fin sus siervos, sugirieron que se probara con la música para ver su efecto sobre el cerebro enfermo.

El rey aprobó la sugerencia al instante y entonces se mencionó el nombre de David. El pastorcito tenía las cualidades que más podían cautivar al rey. Era un músico experto. Ya se conocía su valor en las luchas con los ladrones para proteger el rebaño de su padre. Juzgaba con sabiduría y era elocuente. Su rostro y su porte eran de una hermosa masculinidad. Parece que lo que sucede en cierto grado a todos los siervos de Dios le sucedió a David. La unción y plenitud del Espíritu Santo habían dado hermoso y vívido relieve a sus características naturales.

La descripción de David agradó mucho al rey, quien siempre buscaba jóvenes prometedores, y le ordenó a Isaí que le enviara a su hijo David, que estaba con las ovejas. No se podía desacatar esa orden, y haciendo un regalo de los productos de su finca, el anciano padre envió a su hijo menor por la difícil e intrincada senda del favor real.

«Y viniendo David a Saúl, estuvo delante de él; y él le amó mucho».

Cuando Saúl tenía uno de sus ataques de melancolía, David, quien probablemente tendría unos dieciocho años de edad, tocaba el arpa para Saúl, para que se calmara y lo dejara el espíritu malo.

Es posible que el efecto de la música, con la cual David buscaba aliviar la angustia del rey, fuera muy bueno. Los impulsos de locura de Saúl se volvieron menos frecuentes. Disminuyó la necesidad de la presencia de David en la corte; y tal vez el rey ya no pensaba en él, pues había muchos que venían a la corte en busca de sus favores.

No sabemos cuánto tiempo pasó, pero otra serie de eventos puso a Saúl y a David en relación más estrecha y trágica. Los filisteos nunca habían perdonado a los hebreos el haberse sacudido el yugo que por tanto tiempo habían soportado con humildad. Por último, luego de muchos ataques de sorpresa e incursiones sobre la frontera sur de Canaán, ya no se pudo contener su ola invasora. Las huestes filisteas pasaron las fronteras y se vertió en los valles, hasta que se reunieron en el valle del Terebinto, que pertenecía a Judá, y acamparon en Efes-damim, llamada también «Frontera de Sangre», tal vez por los oscuros y sangrientos encuentros que allí habían tenido lugar.

El valle, o cauce del arroyo, es amplio y abierto y tiene unos cuatro kilómetros y medio de largo. Está dividido en el centro por una quebrada o zanja, formada por un torrente de las montañas, que se llena de espumosa agua en el invierno y se seca en el verano. Fue este canal o depresión, de unos seis metros de ancho, con lados verticales, y con una profundidad de tres a cuatro metros, lo que prolongó el encuentro por tanto tiempo, pues los dos ejércitos se quedaron mirándose durante cuarenta días, sin atreverse ninguno a afrontar el peligro de cruzar el valle y la quebrada, en presencia del otro.

Cuando el gigantesco paladín filisteo Goliat se adelantó y aun se atrevió a acercarse a las líneas de las tropas hebreas, y cuando desafió valientemente al ejército de Israel a que presentara un hombre digno de combatir, Saúl se quedó tan asustado y sobrecogido de pánico como cualquiera de sus soldados. Se dice que estaba con «gran miedo» (véase 1 S. 17:11). Aunque era el rey escogido de Dios, y en sus primeros años había tenido el poder de una fe sencilla, su desobediencia había cercenado la fuente de ese poder y se

había vuelto tan débil como cualquier otra persona. Todo lo que pudo hacer Saúl frente a la blasfemia jactanciosa de Goliat fue ofrecer las promesas más atractivas de lo que haría con el héroe que aceptara el reto y venciera al orgulloso filisteo de Gat.

Cuando trajeron a David a la presencia de Saúl, con su determinación de salir solo a pelear con el filisteo, Saúl trató de disuadirlo: «No podrás tú ir contra aquel filisteo, para pelear con él» (vs. 33).

La importante lección de la historia de los éxitos de David en sus encuentros con leones y osos escapó de su mente. Saúl los consideró como el resultado de una agilidad superior y gran fortaleza física; no penetró en el profundo significado que ponía David al hablar de las grandes liberaciones que Jehová le había dado (véase vs. 37). Acaso ya podemos vislumbrar en sus palabras la voz del salmista...

Por conveniencia, a su regreso a Gabaa, Saúl puso a David a comandar el ejército. El arpa se cambió por la espada la mayor parte del tiempo; y en tanto que salía en sus expediciones contra los enemigos tradicionales de Israel, David se fue volviendo más indispensable para la estabilidad del trono, al tiempo que crecía su popularidad nacional: «Salía David a dondequiera que Saúl le enviaba, y se portaba prudentemente». Esta popularidad originó el gran pecado de la vida de Saúl.

En cierta ocasión, cuando Saúl y David regresaban de obtener una victoria culminante y decisiva sobre los filisteos (véase 1 S. 18:6), la gente se aglomeró para encontrarlos a ellos y a sus tropas, y las mujeres, vestidas de fiesta, danzaban alrededor, cantando al son de los panderos y los instrumentos de música. Mientras ejecutaban la danza sagrada común, cantaban en responsorio una oda de victoria, que tenía por estribillo: «Saúl hirió a sus miles, y David a sus diez miles» (1 S. 18:7).

El dardo de los celos golpeó al rey en seguida. Su alma se encendió con la idea de que era probable que David fuera ese vecino del que le había hablado Samuel como el sucesor designado por Dios para el reino, que ya estaba pasado de sus manos: «Y se enojó Saúl en gran manera, y le desagradó este dicho; y dijo (...) no le falta más que el reino» (vs. 8). «Y desde aquel día Saúl no miró con buenos ojos a David» (vs. 9).

Todo el amor y la admiración que le tenía se convirtieron en hiel y amargura. Su antigua enfermedad, que se le había ahuyentado, volvió con más fuerza que antes; y un día después del incidente, mientras planeaba sus maldades, pareció que toda su naturaleza se abrió de repente a un espíritu malo. Revolviéndose en un desesperado ataque de frenesí, tomó la lanza que mantenía junto a él como emblema de su realeza, y se la arrojó a David que estaba sentado frente a él, tratando de ahuyentarlo el mal. No solamente una vez, sino dos, el arma mortal surcó el aire; pero David «lo evadió dos veces», sin duda, imputando el atentado contra su vida a la enfermedad del rey, y sin tener idea de los celos que, como fuego, le quemaban el alma.

Capítulo 21:

Los celos

Los celos están entre los pecados humanos más terribles, y de todas sus posibles representaciones ninguna se presenta con colores más vívidos que este retrato del primer rey de Israel.

Sin duda, los celos le abren la puerta al diablo. Y en el caso de Saúl el intervalo fue tan breve como era posible. Al día siguiente, después del canto de las mujeres, que le despertó los celos hacia David, sabemos que «un espíritu malo» vino con poder sobre el desgraciado monarca.

Se dice que este espíritu era «de parte de Dios», frase que sólo se puede interpretar con la hipótesis de que Dios le permitió que viniera, y de que esto fue el resultado obvio de su vida pecaminosa.

Los celos destruyen al celoso. Casi de un solo salto David había llegado al trono del homenaje y al afecto de todo el pueblo. No sólo el pueblo, sino que la corte también estaba fascinada con él. Se le dio el mando de los guerreros, y su promoción pareció buena no sólo «a los ojos de todo el pueblo», sino también «a los ojos de los siervos de Saúl»; en tanto que Jonatán lo amaba con un amor superior al amor de las mujeres; y Mical, la hija de Saúl, se sentía atraída hacia él. Debe de haber habido cierto hechizo en la influencia que aquella alma pura y radiante tenía sobre todos los que se relacionaban con él.

Además de esto, era evidente que el Señor estaba con él. Obsérvese con cuánta frecuencia las crónicas sagradas lo mencionan: «Saúl estaba temeroso de David, por cuanto Jehová estaba con él» (vs. 12). «David se conducía prudentemente en todos sus asuntos, y Jehová estaba con él» (vs. 14). «Saúl, viendo y considerando que Jehová estaba con David...» (vs. 28).

Además, se portaba prudentemente y prosperaba: «...viendo Saúl que se portaba tan prudentemente, tenía temor de él» (vs. 15). «...tenía más éxito que todos los siervos de Saúl, por lo cual se hizo de mucha estima su nombre» (vs. 30).

Debido a estas circunstancias, hubiera sido más sabio que Saúl hubiera convertido al hijo de Isaí en su brazo derecho en el gobierno. Al admitir con franqueza que él era su sucesor designado, y que gozaba del favor especial de Jehová, el rey pudo haber usado a David para conseguir la rehabilitación de su menguante suerte. La revocación de la decisión divina era evidentemente imposible, pero el rey pudo haber pospuesto la aplicación de la sentencia inevitable. Nada pudo haber sido más fácil ni más diplomático. Pero, al contrario, Saúl dejó que su loca pasión se avivara y se inflamara, hasta que se desató en furia irresistible y consumió su vida.

Los celos son muy inventivos a la hora de buscar métodos para alcanzar lo que se proponen. Veámoslo en nuestra historia. Primero, Saúl bajo la excusa de su enfermedad, trató de matar a David con su propia mano. Sabía que el homicidio se le culparía a su desequilibrio mental y por ello, con impunidad, dos veces le arrojó la jabalina al juglar que trataba de ahuyentarlo la enfermedad.

Luego se propuso ponerlo en posiciones de peligro extremo, incitándolo a actos de heroísmo en el campo de batalla y en las guerras fronterizas. Como incentivo, le prometió a su hija mayor, Merab, y además le añadió razones religiosas que tenían mucho peso para esta alma caballerosa y devota: «Entonces dijo Saúl a David: He aquí, yo te daré Merab mi hija mayor por mujer, con tal que me seas hombre valiente, y pelees las batallas de Jehová» (1 S. 18:17).

Luego, con mano ágil, el escritor sagrado descorre el velo de esa mente oscura y llena de maldad y nos recita los pensamientos secretos que pasaban por ella: «Mas Saúl decía: No será mi mano contra él, sino que será contra él la mano de los filisteos».

La estratagema había fallado, pero parecía demasiado insidiosa, y demasiado plausible para lograr el propósito real, y no se debía abandonar sin ponerla a prueba otra vez; y Mical, la hija menor de Saúl, la que verdaderamente amaba a David, por lo menos en esta época, fue ofrecida como premio para impulsar al guerrero ingenuo a nuevos encuentros con los filisteos. A sus siervos les parecía que Saúl sinceramente quería a David y que genuinamente deseaba introducirlo en su familia. Saúl estaba jugando con mucha astucia. Por un lado, sus siervos realmente creían que el rey se complacía en David y quería su alianza; por el otro, «Saúl pensaba hacer caer a David en manos de los filisteos».

Solamente cuando el complot falló y parecía que, por la providencia de Dios, David tenía una vida encantadora, Saúl les dijo a Jonatán, su hijo, y a todos sus siervos que debían matar a David. Una vez más le arrojó la lanza con tal fuerza que se clavó vibrando en la pared del palacio. Después lo persiguió, primero a su propia casa, Y por último a la casa de Samuel en Naiot (véase 2 S. 19).

Saúl insistía inútilmente en incitarlo a la ruina. Sin embargo, por la mediación de Dios, se frustraron todos sus intentos de homicidio, y redundaron en popularidad mayor para su rival.

Así, por ejemplo, cuando lo pusieron al mando de los guerreros, David prosperó dondequiera que lo mandasen; si se separaba del círculo íntimo del rey, y se le permitía entrar y salir delante del pueblo, toda la nación lo amaba (véase 2 S. 18: 13). Si lo mandaban a matar 100 filisteos, él mataba 200. De modo que su nombre adquirió mucha estima (vs. 30). Si Saúl urgía a Jonatán para que lo matase, sólo consiguió llevar a su propio hijo a una amistad más íntima, obligándolo a interceder por la causa de aquella alma gemela de la suya.

En definitiva, todo lo que tenía un propósito malo, resultó para bien.

Capítulo 22: Cruel como la tumba

El hogar es una de las instituciones más sagradas de nuestra vida humana. Se origina en el entrelazamiento de un espíritu con otro, donde dos se vuelven uno: y de esa unión surge el don bendito de los hijos, haciendo que la especie se mantenga siempre joven. En el caso de David tal hogar se debió a lo dispuesto por Saúl. Su hija Mical amaba a David; se lo contaron a Saúl, le pareció bien, y se la entregó a David por esposa. Pero, después de evadir David la jabalina y huir buscando la seguridad de su hogar y pensando: «Por lo menos mi suegro respetará el santuario del amor de su hija», el monarca enloquecido por los celos envió sus mensajeros allí para vigilarlo, y para matarlo a la mañana siguiente.

Mical conocía a su padre bastante bien y no confiaba en él ni en su clemencia; le advirtió a su esposo del peligro de muerte y, por su intuición femenina, lo ayudó a escapar por una ventana, bajándolo con sus propias manos. Era su deber evitar la desolación de su nuevo hogar e impedir que se apagara su fuego.

David se apresuró a contarle a Samuel el giro que estaban tomando las cosas y la grave sospecha que albergaba en su alma, de que los atentados de Saúl contra su vida no eran el resultado de su mente desequilibrada sino de una voluntad perversa y asesina. Para ponerlo en sitio más seguro, Samuel lo llevó a un grupo de cabañas, tal vez tejidas con ramas de sauces (llamado Naiot), donde recibían instrucción unos jóvenes que se preparaban para el oficio profético.

Saúl envió tres grupos de mensajeros sucesivamente a esta asamblea sagrada para arrestar a David; y al fin, muy enojado porque no volvían, vino él mismo. Tiempo después se recordó con claridad su llegada al gran pozo, o cisterna, en Secú, preguntando por Samuel y David con mucha insistencia. Cuando le dijeron que estaban en Naiot, se fue allí, pero el Espíritu de Dios vino sobre él antes de que llegara al lugar indicado. Allí, despojado también de sus vestidos reales por segunda vez en su vida, cayó al suelo como en un trance que duró todo el día y toda la noche.

Las fuentes mismas del amor y el orgullo paternos se secan ante el fuego volcánico de los celos. Jonatán fue uno de los tipos más nobles de masculinidad. Tanto en la corte como en el campo de batalla, brilló como una estrella de primera magnitud. Pero estas consideraciones no le importaban a Saúl, pues los celos que le tenía a David ocupaban su mente más que las buenas características de su hijo. Él podía ser, como su amigo David lo expresó con elocuencia en su elegía fúnebre, «amado y querido», más ligero que un águila, más fuerte que leones, pero Saúl estaba listo a sacrificarlo todo al espíritu de venganza.

Fue en el festival de la luna nueva cuando se reveló este nuevo escape del volcán que bullía dentro del corazón de Saúl. Fue al segundo día, y como en el anterior, el asiento de David estaba vacío. Saúl se refirió a él con burlas como «el hijo de Isaí», como para acentuar su origen humilde y desconociendo la relación que lo unía a la familia real. El rey le preguntó a Jonatán cuál sería la razón de su ausencia. Cuando recibió la respuesta sobre la cual se habían puesto de acuerdo los dos amigos con anterioridad, se encendió en ira e insultó a Jonatán con los epítetos más viles, insistió en el arresto y ejecución de David, y terminó por arrojar su jabalina a su noble hijo, quien había intervenido para aplacar su ira.

Los celos también responden a las peores sugerencias posibles. En el capítulo 21 hay una ilustración de esto...

El fugitivo David se fue esta vez a Nob, donde Ahimelec, el sumo sacerdote, presidía sobre las reliquias del antiguo santuario. Las sospechas que brotaron en la mente de Ahimelec, al ver venir al yerno del rey apresuradamente y sin escolta, se esfumaron con una evasiva, y David fue recibido con deferencia, provisto de pan, la espada de Goliat, y el consejo espiritual que el efod podía dar.

Se informó a Saúl de tal incidente unos meses más tarde, estando acampado «sobre un alto» más allá de Gabaa, esperando noticias sobre su odiado rival para poder marchar en seguida con sus tropas domésticas, compuestas de benjaminitas de confianza, hombres de su propia tribu, y capturar y matar a David.

En el acaloramiento de su espíritu, se quejó con vehemencia de que todos sus siervos estaban conspirando contra él, que nadie se preocupaba por él, que Jonatán era la base para la conspiración de David, y que cada uno estaba

abrigando esperanzas de su pronta caída para recibir promociones y posesiones como pago de la traición, de mano de Isaí. En medio del silencio que siguió a estos reproches inmerecidos, Doeg narró lo que había visto ese día fatal, cuando se le ocurrió detenerse en el tabernáculo para alguna ceremonia de ablución o rito y había sido testigo de las atenciones de Ahimelec para con el yerno del rey.

Las declaraciones maliciosas de Doeg desviaron inmediatamente las sospechas del rey de los cortesanos hacia los sacerdotes; Nob no quedaba lejos de Gabaa; y una orden perentoria, después de una breve pausa, trajo a Ahimelec y a toda la casa de su padre -es decir, todos los varones del sumo sacerdote de la casa de Elí- a comparecer delante del rey. Con palabras desmedidas Saúl los acusó a todos de complicidad con David para la deposición de su trono y su dinastía, y no prestó atención a las débiles protestas de Ahimelec.

El sumo sacerdote argumentó que, aunque había hecho aquello de lo cual lo acusaba el rey, lo había hecho inocentemente. Él siempre había considerado a David como uno de los más fieles de los siervos de Saúl, veía que siempre le confiaban comisiones secretas y con frecuencia le había hecho consultas similares a Dios en su nombre, creyendo que lo hacía como servicio a la voluntad real. Pero todo fue en vano; era como estrellarse contra una roca. El rey ya había decidido lo que haría antes de que Ahimelec comenzara su defensa. Dijo: «Sin duda morirás, Ahimelec, tú y toda la casa de tu padre» (1 S. 22:16).

La guardia real no se atrevió a ejecutar la terrible sentencia; pero Doeg, el edomita, un extranjero con sus pastores, no tuvo tales escrúpulos e inmediatamente cayó sobre los indefensos sacerdotes, que fueron apuñalados uno tras otro, hasta que se apilaron los cuerpos descuartizados, y sus vestiduras blancas quedaron empapadas en su sangre.

Los celos, sin embargo, están sujetos a remordimientos fuertes. Estas mortificaciones son las protestas del bendito Espíritu, que no deja que ninguna alma se vaya a la perdición sin una advertencia. Saúl estuvo muy sujeto a estos poderosos remolinos de la impetuosa corriente.

Cuando poco antes Jonatán le recordó a Saúl los inestimables servicios que David le había prestado, Saúl escuchó con atención, aplacado, y juró que no moriría (véase 2 S. 19:6).

Cuando David le perdonó la vida en la cueva, cerca de la fuente de las cabras monteses, no queriendo alzar la mano contra el ungido de Jehová y conteniendo a sus seguidores sorprendidos e inquietos, dando muestras de una generosidad que era completamente desconocida en aquellos tiempos, Saúl alzó la voz y lloró, y derramó toda la generosidad acumulada que le había sido tan natural en su juventud pero que había estado retenida por mucho tiempo. Y cuando otra vez vino en busca de David y acampó en el collado de Haquila, en las colinas del sur, y de nuevo por la clemencia de David no se le fue la vida con un solo golpe de lanza, Saúl se adelantó a confesar delante de su campamento: «He pecado; vuélvete, hijo mío David, que ningún mal te haré más (...) he hecho neciamente, y he errado en gran manera» (1 S. 26:21).

Pero su remordimiento era siempre de breve duración, y no producía ningún cambio permanente del corazón ni de sus propósitos. El fuego todavía humeaba en su alma, esperando aun el viento más débil para encender sus llamas. Pudo exclamar: «Bendito eres tú, hijo mío David; sin duda emprenderás tú cosas grandes, y prevalecerás» (vs. 25). Pero David no se atrevió a confiar en él: «Dijo luego David en su corazón (...) nada, por tanto, me será mejor que fugarme a la tierra de los filisteos» (1 S. 27:1).

Estos terribles capítulos muestran también de manera clara el remedio para los celos. Sin duda, las conjeturas de Saúl eran bien conocidas por todos los miembros de su familia, especialmente por Jonatán. Antes de que Saúl hubiera expresado el peligro de que el reino de Jonatán no sería establecido mientras viviera el hijo de Isaí, el heredero aparente le había afirmado a su amigo que él sabía que vendría el tiempo en que el Señor eliminaría a todos los enemigos de David, sobre la faz de la Tierra (véase 1 S. 20: 14 y 15). Y más tarde, mientras Saúl buscaba a David para matarlo en medio de las quebradas de Zif, excitada su locura por los zifitas traidores, Jonatán vino a David, lo reanimó en el Señor, y le dijo: «No temas, pues la mano de Saúl, mi padre, no te encontrará, y tú serás rey sobre Israel, y yo estaré junto a ti; y Saúl, mi padre, también lo sabe» (1 S. 23: 17).

La selección de David como rey, afectó aún más a Jonatán que a Saúl. Era cierto que no sucedería al trono. Sería respetado y amado, pero nunca entronizado. Pero, ni una sola nube de celos ensombreció jamás el puro cielo de su amor, ni oscureció el lago cristalino de su paz. Y es que «él amaba a David como a sí mismo» (1 S. 20:17).

Capítulo 23: Un gran ocaso

Samuel llegó al fin a la conclusión de sus días sobre la Tierra; y fue llevado a su tumba como el grano maduro de trigo...

Aunque había pasado los últimos años de su vida jubilado, en parte debido a su avanzada edad, y en parte por las diferencias que tenía con el rey, nunca perdió el amor ni el respeto de su pueblo. Por eso, cuando se supo por todo el país la noticia de que él había entrado a disfrutar del sueño bendito que Dios da a sus amados, se consideró el suceso como una calamidad nacional, de modo que desde Dan en el lejano norte hasta Beerseba en la frontera sur, «se juntó todo Israel, y lo lloraron, y lo sepultaron».

La impresión que Samuel había hecho en sus contemporáneos permaneció, como un resplandor crepuscular, por mucho tiempo después de su muerte. Las Sagradas Escrituras se refieren mucho a él.

Así, por ejemplo, en 1° Crónicas 9:22 se sugiere que él puso las bases de la complicada organización de los levitas para el servicio del santuario que fue perfeccionada por David y Salomón. En 1° Crónicas 26: 27 y 28 se afirma que él comenzó a acumular el tesoro para la construcción del templo del Señor que se terminó en el reinado del poderoso hijo de David. Hay en 2° Crónicas 35:18 una referencia de paso a una famosa fiesta de Pascua que él instituyó. El Salmo 99:6 y Jeremías 15:1 conmemoran la fragancia de su mediación perpetua. Hechos 3:24 y 13:20 indican el monumento glorioso que su vida y su obra fueron en la historia de su pueblo. Y Hebreos 11 lo incluye en la extensa galería de los siglos: «Porque el tiempo me faltaría contando de (...) Samuel (...) quien por la fe (...) obró justicia...» (vs. 32 y 33).

Aunque la carrera de Samuel fue ardua, estuvo llena de los elementos de la verdadera bendición...

En primer lugar, fue principalmente un hombre de oración. Este fue su recurso perpetuo; nunca dejó de orar. Pasó muchas noches de insomnio y lágrimas en oración por el rey que él había instalado, y en cuyas manos había confiado los intereses nacionales como carga preciosa.

Todos los libros, dice un elocuente escritor, son secos y aburridos si se los compara con el gran libro no escrito, sino orado en el aposento: las oraciones de los exiliados, las oraciones de los mártires, las oraciones de los misioneros, los suspiros, gemidos y gritos inarticulados de los sufrientes, a quienes los tiranos han enterrado vivos en las cárceles, a quienes el mundo puede olvidar, pero Dios nunca. ¿Puede alguna epopeya igualar aquellas palabras no escritas que se dicen al oído de Dios y que salen de la abundancia del corazón? Pero estas oraciones han sido hazañas. Como dijo Santiago: «La oración eficaz del justo puede mucho» (Stg. 5:16).

Una energía sale del alma santa, que lucha poderosamente en la oración, y se convierte en fuerza funcional del universo, una unidad de poder indestructible, no separada de Dios sino en unión con su propia poderosa energía.

Oremos más, especialmente al irse consumiendo la vida. Acaso se hacen más cosas por medio de la oración de lo que este mundo puede imaginarse. Samuel se caracterizó también por una gran firmeza de propósito. Él podía soportar sin temor el escrutinio más minucioso de su vida (véase 1 S. 12:3). La suya había sido una carrera de honor irreprochable e impoluta. Toda su preocupación había estado concentrada en los intereses de su pueblo. Las tribulaciones que le sobrevinieron a su país no hicieron sino acercarlo más a Dios, y lo habían ligado con más fuerza a sus compatriotas. Pero cuando descubrió que ellos querían que dejara su puesto, necesitó de todos los dones de la gracia de Dios, y de todas las cualidades de su noble carácter, para soportar el golpe sin perder el control de sí mismo. Pero se propuso conseguir al mejor sucesor que entonces pudiera encontrarse, y descendió humildemente de la posición suprema del poder.

¡Oh, qué bueno fuera estar completamente absorbidos por la gloria de Dios en la salvación de otros, dispuestos a olvidarnos de nosotros mismos y a contentarnos con el segundo lugar!

Samuel tuvo también cuidado de construir. Cuando todo el país estaba desorganizado, Samuel comenzó a poner los fundamentos de un estado nuevo. El tiempo y el cuidado que puso en la escuela de los profetas, su administración de justicia en los itinerarios, su llamado del pueblo en las convocaciones, formaron una gran filosofía política que dio como resultado un pueblo unido y consolidado.

Como el primero de los profetas, como el eslabón entre los primeros días del establecimiento en Palestina y el esplendor del reino de Salomón, por su carácter impecable, por su simpatía y fortaleza, por su evidente comunión con el Dios de Israel desde su niñez hasta su ancianidad, Samuel se ganó la más profunda veneración de su pueblo; y no es de maravillar que uno de ellos -quien le debía todo lo que tenía aunque fue incapaz de apreciar la majestad de su personalidad-, en la hora suprema de su desesperante necesidad, cuando todos sus allegados lo habían dejado, se volvió a pedirle ayuda al gran profeta, aunque este había sido ya retirado de la escena terrenal desde hacía mucho tiempo, y clamó: «Hazme venir a Samuel».

La muerte no es un estado sino un paso; no una cámara sino un pasaje; no una morada, sino un puente sobre un golfo. Debemos referirnos a los que partieron como a aquellos que por un momento pasaron por la sombra del túnel pero ahora viven en la intensidad de una existencia activa en el otro lado. Porque «Dios no es Dios de muertos, sino de vivos» (Mt. 22:32). Nadie está muerto en cuanto a la permanencia en una condición de muerte a la otra vida. Recordemos cómo describe la muerte el apóstol Pedro. Al hablar de su muerte, él usa la misma palabra que se había empleado en la conversación en el Monte de la Transfiguración, cuando Moisés y Elías hablaron con el Maestro acerca de la muerte que Él iba a experimentar en Jerusalén: «Hablaban de su partida» (Lc. 9:31).

La palabra griega exodos («partida», «salida»), aparece sólo en otro lugar en el Nuevo Testamento, y es cuando se refiere a la salida del pueblo de Israel de Egipto (véase He. 11:22). La muerte como se concibe aquí es una salida, no una entrada. Si hay algo que termina, es la vida de esclavitud y dolor, y se abre el camino hacia un mundo donde el desarrollo del alma no conoce fronteras. El Señor con justicia reclama para sí el título: «Yo soy la resurrección y la vida» (Jn. 11:25).

Por su Evangelio Él abolió la muerte y sacó a luz la vida eterna y la inmortalidad. Ya no estamos indecisos, dudosos, o en tinieblas acerca de esa vida eterna. Sabemos que hay vida más allá de la muerte, porque los hombres vieron al Salvador resucitado. Sí, Cristo vive, y como Él vive, nosotros también viviremos con Él. Él se ha ido a preparar mansiones para nosotros en la casa de su Padre. En ese mundo del más allá veremos su rostro; y en compañía de espíritus hermanados obedeceremos sus mandamientos. Creo que aun ahora Moisés y Aarón están en medio de sus sacerdotes, y Samuel entre los que invocan su Nombre.

Capítulo 24: Endor y Gilboa

Ya habían pasado muchos años desde la ocasión en que David mató a Goliat con su honda y los filisteos huyeron de Efes-damim ante el ataque de los hombres de Israel. Ahora preparaban una nueva invasión para vengar aquella desgracia y establecer de nuevo la supremacía filisteas en la llanura de Esdraelón, que era el enlace necesario entre las ricas ciudades del valle del Eufrates y el vasto mercado para sus artículos y productos que ofrecían las ciudades del valle del Nilo. Saúl reunió apresuradamente todas las fuerzas que pudo y marchó hacia el norte, y acampó en las lomas del monte Gilboa, a unos seis kilómetros del ejército invasor y al sur de la Gran Llanura.

Parece que la vista del gran ejército enemigo dispuesto en plan de batalla paralizó por completo el valor de Saúl. Él comparó los pertrechos completos de los filisteos con las lanzas y hondas de Israel y «tuvo gran temor».

Ya no era posible tener el valor heroico que la fe le podía haber dado, pues Dios ya no estaba con él. No había rasgaduras en el negro manto que envolvía su espíritu aterrado. A esto se atribuye la terrible serie de tragedias que siguieron. La gracia de Dios, que Saúl había resistido y rechazado por tanto tiempo ya no insistió más, y él quedó a merced de las insinuaciones de los espíritus malos a los que, por algún misterioso designio, se les permite que asalten a los hombres.

Es verdad que él consultó a Jehová, tal vez por primera vez en muchos años; pero sin arrepentimiento ni confesión de pecados, ni sumisión de la voluntad, ni paciencia para esperar sus instrucciones; solamente con un terror abyecto y una desesperación frenética. No nos sorprendemos al leer que Jehová no le respondió ni por sueños, ni por Urim, ni por profetas... «Si en mi corazón hubiese yo mirado la iniquidad, el Señor no me habría escuchado» (Sal. 66:18).

Finalmente, se hizo evidente que Saúl no aborrecía de todo corazón los crímenes que castigaba, pues vemos que en su desesperación extrema recurrió a las mismas artes mágicas que había procurado abolir, y buscó en el infierno la ayuda por la cual había en vano clamado al Cielo: «Y Saúl había arrojado de la Tierra a los encantadores y adivinos» (1 S. 28:3).

A unos tres kilómetros al norte de Sunem, en la retaguardia del ejército filisteo, estaba la aldehuela de Endor. Era uno de aquellos lugares de los cuales Manasés había dejado de expulsar la antigua población; y entre ellos, descendientes de los cananeos, había una anciana que decía que podía hacer venir las almas de los que habían muerto.

Bien abrigado y disfrazado, acompañado de dos hombres de confianza a quienes la tradición identifica como Abner y Amasa, Saúl salió, en las primeras horas de la noche. Cruzó la llanura, se desvió por la ladera oriental del pequeño Hermón, y llegó a salvo a la casa de la bruja. La puerta se abrió para dejarlos entrar y, en medio de la misteriosa oscuridad del interior, revelada por la luz indecisa de un brasero y ahogada por el humo, la mujer casi no podía reconocer los rasgos del hombre intratable que se le acercaba con la petición de que le hiciera subir a quien él le dijese.

Al principio ella dudó y le recordó cuán peligrosa era su profesión, y le sugirió que si le daba satisfacción a su pedido, podría perder la vida: «He aquí tú sabes lo que Saúl ha hecho, cómo ha cortado de la Tierra a los evocadores y a los adivinos. ¿Por qué, pues, pones tropiezo a mi vida, para hacerme morir?» (vs. 9).

Con un juramento, que implicaba extrañamente al Dios a quien negaba en ese momento, y con un toque de su prerrogativa real, el rey le aseguró que no le vendría ningún castigo por hacer lo que le pedía.

Con esta seguridad, la mujer le preguntó a quién debía hacer subir; la mujer debió de haberse quedado asombrada cuando, con un ronco susurro, como de uno paralizado y aterrorizado por su ambiente misterioso, el rey dijo: «Hazme venir a Samuel».

La mujer se retiró un poco de él y comenzó sus encantamientos, quizás echando polvos sobre los carbones del brasero, mascullando sortilegios en voz baja, haciendo pases de mano y conjuros. Pero antes de que ella completara sus preparativos, parece que el Todopoderoso interfirió y envió de regreso a su siervo fiel, para que la bruja ni pareciera haber podido producir esa visita tan maravillosa: «Viendo la mujer a Samuel...» (vs. 12). Al mismo tiempo que reconoció a Samuel, también reconoció a Saúl. Asustada y temiendo por su vida, clamó en alta voz y le dijo a Saúl: «¿Por qué me has engañado?» (vs. 13).

Le dijo de nuevo que no temiera y le preguntó qué había visto.

Ella contestó: «He visto dioses [seres majestuosos, augustos, de apariencia divina] que suben de la tierra».

Ante la insistencia de Saúl para que describiera su apariencia en detalle, pues ella estaba viendo una forma misteriosa que, aunque estaba presente en la misma recámara, le estaba velada a Saúl, ella dijo: «Un hombre anciano viene, cubierto de un manto» (vs. 14). «Saúl entonces entendió que era Samuel, y humillado el rostro a tierra, hizo gran reverencia».

La conversación que siguió fue emocionante y conmovedora. Creo que no necesitaron la mediación de la bruja, y Dios dejó que el profeta hablara con Saúl, como años más tarde Moisés y Elías hablarían con nuestro Señor de la «partida» que iba a realizar muy pronto en Jerusalén. Es, pues, muy posible que en realidad se intercambiaran estas palabras entre el rey y el que fuera su amigo y confidente, a quien fue con remordimiento en su terrible agonía. ¿No crees que si, aun entonces, Saúl se hubiera vuelto a Jehová con lágrimas de arrepentimiento y fe sencilla, hubiera tenido una respuesta según la multitud de las misericordias divinas? Seguro que sí; pero no hubo señales de tal cambio.

Samuel no esperó a que se le preguntara nada, y le dijo con tristeza al atemorizado rey que sus errores le habían llenado el espíritu de inquietud, aun en la otra vida, tanto que no podía tolerar volver a hablarle ni una vez más: «¿Por qué me has inquietado haciéndome venir?» (vs. 15).

La respuesta de Saúl fue desesperada: «Estoy muy angustiado, pues los filisteos pelean contra mí, y Dios se ha apartado de mí, y no me responde más, ni por medio de profetas ni por sueños; por esto te he llamado, para que me declares lo que tengo que hacer» (vs. 15).

Los labios del profeta no expresaron palabras de esperanza ni consuelo. No había ya nada que pudiera impedir o sostener la avalancha que amenazaba. Por lo tanto, le fue revelado que Jehová iba a entregar a Israel, junto con Saúl, en manos de los filisteos, y que al día siguiente él y sus hijos también habrían pasado al mundo espiritual; las huestes hebreas serían aniquiladas, el campamento saqueado y la tierra quedaría abandonada a la suerte que bien conocían en aquellos tiempos los que eran conquistados.

Al día siguiente hubo un pequeño cambio en la disposición de los ejércitos respectivos. Los filisteos se movieron hacia Afec, un poco al occidente del campo; en tanto que los israelitas descendieron de las alturas de Gilboa y tomaron su posición cerca del manantial o fuente de Jesreel (véase 2 S. 29:1).

Pronto comenzó la batalla. A pesar de los esfuerzos más desesperados para resistir el ataque de las bien armadas tropas que se les oponían, los hebreos fueron vencidos, y huyeron delante de los filisteos. El historiador anota claramente que la parte baja de las lomas del Gilboa estaba cubierta con los heridos cuya sangre empapaba los pastizales de la montaña (1 S. 31:1).

Saúl y Jonatán hicieron todo lo posible por salvar lo perdido, pero todo fue en vano: «Los filisteos (...) mataron a Jonatán, a Abinadab y a Malquisúa, hijos de Saúl. Y arreció la batalla contra Saúl» (vs. 2 y 3).

Luego, cuando huían los israelitas, los filisteos concentraron su ataque sobre aquel que sobresalía en medio de los fugitivos: la corona real sobre su yelmo, el brazaletes real brillando en su brazo... «Los filisteos siguieron a Saúl (...) le alcanzaron los flecheros, y fue herido por los flecheros».

Él sabía lo que le esperaba si fuera capturado vivo. «Entonces dijo Saúl a su escudero: Saca tu espada, y traspásame con ella, para que no vengan estos incircuncisos y me traspasen, y me escarnezcan» (vs. 4).

El escudero no se atrevió a levantar su mano contra la augusta persona de su rey; entonces Saúl, poniendo la empuñadura de su espada contra la tierra, se echó sobre la punta, que penetró en su corazón.

La historia que el amalecita le contó después a David sugiere que el esfuerzo de Saúl por quitarse la vida no tuvo éxito completo; y parece que le pidió a este hijo de una raza a la cual se le había ordenado antes que destruyera del todo, que le diera el golpe mortal: «Él me volvió a decir: Te ruego que te pongas sobre mí y me mates, porque se ha apoderado de mí la angustia; pues mi vida está aun toda en mí» (2 S. 1:9).

Es posible que fuera un cuento inventado para ganarse la buena voluntad de David; pues se nos dice que cuando el escudero vio a Saúl muerto, él también se echó sobre su espada y murió con él.

La batalla de Gilboa fue una lucha de persecución: «Así murió Saúl en aquel día, juntamente con sus tres hijos, y su escudero y todos sus varones».

Al día siguiente, los filisteos se dispusieron a despojar a los muertos, y al encontrar los cuerpos de Saúl y sus hijos, tomaron sus cabezas, armaduras y cuerpos decapitados, para exhibirlos triunfantes por las calles de las principales ciudades y, al fin, colgarlos de las paredes de Bet-sán. Al saber las noticias, la gente huyó de los pueblos y aldeas vecinos, y pasaron el Jordán. Las bandas de merodeadores completaron la victoria llevando fuego y espada por todas las regiones del país.

Hubo, no obstante, un hecho heroico que cambió el matiz sombrío de aquella terrible catástrofe. Los hombres de Jabes de Galaad no podían olvidar con cuánta nobleza había acudido Saúl en su socorro en los primeros días de su reino; y resolvieron, por lo menos, recuperar el cadáver real de la ignominia a la que lo había expuesto la malicia de los filisteos. Estos valientes se levantaron, entonces, y después de viajar toda la noche, llegaron y bajaron los cuerpos de Saúl y sus hijos de los muros del templo, los llevaron con mucha reverencia de regreso a Jabes. Allí los quemaron para ocultar la odiosa mutilación a la que habían sido sujetos, los sepultaron bajo «una encina en Jabes», y lamentaron con sincera tristeza el trágico fin de un reino que había sido en otra época como una mañana despejada.

Capítulo 25: Conclusión

“El Canto del Arco” es el título de la emocionante y hermosa elegía con que el poeta David lloró por la tragedia de Gilboa. Es patético e inspirador. Es como si el cantor se hubiera olvidado de la dura suerte y experiencias amargas que sufrió por los celos maniáticos del rey. Olvidando el pasado reciente, se convertía nuevamente en el juglar-pastor, para celebrar la gloria y los poderes de su rey:

«¡Ha perecido la gloria de Israel
sobre tus alturas!
¡Cómo han caído los valientes!
Saúl y Jonatán, amados y queridos;
Inseparables en su vida, tampoco
en su muerte fueron separados».

Oír a David cantar así nos hace pensar en el amor de Dios. Nos recuerda lo que Dios ha dicho: «Ya no me acordaré más de sus pecados e iniquidades».

Aquí, al menos, muchos años antes de la era cristiana, hubo un amor que soportó todas las cosas, todo lo creyó, todo lo esperó, todo lo sobrellevó sin faltar nunca; que pensó sólo en lo noble y hermoso, y rechazó todo lo bajo e indigno. Así también debiéramos pensar de Saúl, el primer rey de Israel.

¡Qué pensamiento más solemne! Ninguna carrera podría haber comenzado con perspectivas mejores y más brillantes que la de Saúl, y ninguna podría terminar con una desesperación más tétrica. Tal puede ser nuestra suerte, a menos que velemos, oremos y caminemos humildemente con Dios.

El reino de Saúl sería demasiado amargo de contemplar si no pudiéramos contemplar también bajo su áspera cubierta, la formación del delicioso fruto que fue el reino de David, destinado a sembrar su semilla eterna en todo el mundo. Así mismo, las condiciones a las cuales la maldad ha reducido hoy al mundo, nos sumirían en desesperación si no supiéramos que, «en los días de estos reyes, el Dios del Cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero Él permanecerá para siempre» (Dn. 2:44).

Samuel el profeta prácticamente sirve de puente para pasar el golfo que hay entre Sansón el juez y David el rey; también tiene mucha importancia que el nombre de Samuel se identifique con los dos libros de las Escrituras que describen este gran período de transición, cuyo desarrollo muestra a todo lo largo la influencia del profeta de Dios.

Para acompañar el estudio de este personaje con la lectura bíblica, léanse los capítulos 1 al 16, 18, 20, 25 y 28 del libro de 1º Samuel (véase también 2 S. 1:19-27; 1 Cr. 10).

El relato completo de Goliat y David pertenece a la biografía de David; aquí se refiere sólo en cuanto concierne al infeliz y desventurado Saúl.